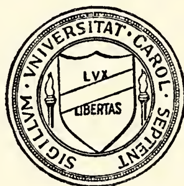
The Library
of the
University of North Carolina



This book was presented
by
The Rockefeller Foundation



This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:



JUL 02 '92

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/horas00bric

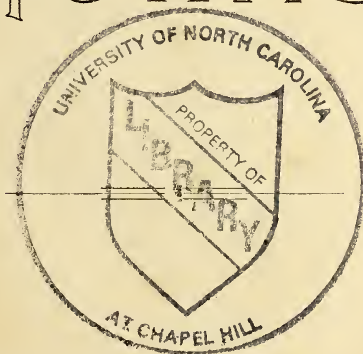
HORAS

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

PQ8549
.B77
H6
1921

HORAS



CARACAS
TIPOGRAFIA MERCANTIL
MCMXXI

c
cb

R

Library, Univ. of
North Carolina

OFRENDA

393707

OFRENDA

A la madre bondadosa, que ha puesto óleo puro en la lámpara de mis ilusiones y al Doctor V. Márquez Bustillos, quien siempre me ha ofrecido la largueza de su mano protectora, dedico estas páginas.

LA RUTA DE EPICTETO

LA RUTA DE EPICTETO

J'ose dire qu'il méritait d' etre adoré...—
PASCAL, avec M. de Saci.

Las sandalias del esclavo filósofo pasaron por la vida sin ruido, dejando sólo tras sí un gran tesoro de serenidad y de silencio. ¿Cómo encontrar su ruta?.... En horas de reflexión el espíritu abatido por la aridez cuotidiana, se inclina solícito sobre las arenas de la existencia en busca de ella, no la encuentra, y en su profundo desconsuelo, torna a mirar hacia arriba, hacia la paz inefable de las constelaciones. Acaso allá lejos flota el espíritu del gran filósofo.

PALABRAS DE RESIGNACIÓN
Y DE ENTUSIASMO

SOL MERIDIANO

....Frente a nosotros el sol caldeaba sin piedad la inmisericordia de una cercana y abrupta peña rojiza. Arida, dolorosa, accidentada por huellas profundas de antiguas corrientes fluviales, la altiva masa serrana presentábase como símbolo de la inclemencia torturante de un destino en que la fatalidad hubiese arrojado el soplo de su esencia protéica, mas el sol al bañarla con sus ardientes rayos meridianos hacía aparecer las escarpaduras rugosas de la peña plenas de una subyugante belleza humana, belleza acaso de un alma profundamente superior, de un espíritu que hubiese lavado la impureza cuotidiana en el agua amargosa de

dolores multiformes y que viera con serenidad de filósofo y de resignado, agostarse todas sus energías y sus dulzuras y sus sueños todos.

Lejos, más allá de la cresta erizada de la peña simbólica, la montaña fecunda aparecía como un esfuerzo de la tierra que anhelase alcanzar el fondo de los cielos remotos. Hermosa, con la hermosura intocada de su fecundidad selvática, presentábase a nuestros ojos como una gigantesca masa de verdura, sagrada en el misterio de la tierra donde los hombres no han saciado aún su hambre de exploración y donde acaso quede encerrado, a pesar del avance de los siglos, un eco de la palabra generadora de Dios. Pero aquella primera impresión de soledad y de abandono cayó presto al contemplar en plena selva, entre la grave solemnidad frailesca de largos árboles seculares, algo como un angosto camino, uniforme y recto. Subía de la llanura que ocultaba a nuestros ojos la peña accidentada y siguiendo el dolor de un esfuerzo, iba como arrastrándose hasta el filo que parecía hundirse en el azul lejano. Aquello era la labor larga y solitaria del hombre de la llanura y expresaba en medio de la verde lontananza arbórea, la vehemencia de un deseo torturante de subir. Acaso un día el hombre que vivió en la blanda

tierra de los valles, sintió tedio de tánta uniformidad y quiso conocer el arcano de la selva que se alzaba ante sus ojos torpes y anhelantes; y subió sobre piedras ásperas, haciendo sonar el diente de su hacha en los maderos intocados y regando con la sangre de sus pies firmes el camino que ganaba a precio de sudores y angustias. Tal vez un día los de abajo notaron que el hombre no bajó más, tuvieron miedo de subir en su busca queriendo que con sus carnes no banqueteasen las fieras del bosque, y los huesos del voluntario acaso reciban hoy como premio a su heráclida entereza, el beso del sol filtrándose hasta ellos por entre el espacio que él limpiara de árboles, y esta huella uniforme y simple, que corona en su ascensión la montaña virgen, habla con la clara lengua de los maestros, del abnegado peregrinar de un hombre de voluntad que quiso cambiar el monótono panorama de la llanura por el misterio de lo único desconocido que creyó existía para sus ojos torpes y hambrientos, y sobre la tierra rastreada por su planta pide bendición de eternidad el recuerdo silenciado de quien con ansias de alzarse y perpetuarse, dió para siempre espaldas a las suaves delicias de una vida uniforme y anónima.

Y nuestra vía sigue cambiante, ondulante, coronando alturas entre ásperos riscos. A cada mirada nueva cambia el paisaje: ya es la espiga oreceada que miente lagos de leyenda al ser movida por la fuerza del viento, después la desolación de serranías estériles, donde grandes piedras regadas con uniformidad inexplicable, hacen crear la mentirosa idea de ser ellas salvajes habitantes de siglos pretéritos, que al conjuro de un encanto, libráronse del hierro de la conquista destructora y que desde su inmutabilidad actual atalayan a los nuevos señores de sus perdidos dominios. Así va el camino en medio de una paz y de un silencio que hacen olvidar los pueblos cercanos y las ciudades próximas. Es un silencio de seres y de almas: nada canta, nada llora, nada ríe, a no ser el río que mientras más subimos se hace más pequeño. Es símbolo de vidas este río sonoro que mengua a cada paso que damos hacia arriba. Con qué estrépito suena y alborota abajo, parece desafiar las ásperas rocas que se abren a su paso: voz de ejército que triunfa, voz de hombres llenos de vanidades y de orgullos, voz de pueblos potentes que absorben pueblecillos pobres. Es locura de espumas en hermosas cataratas, sinfonías mayores que hacen enmudecer los seres que junto a él vie-

nen peregrinando en solicitud de nuevos cielos. Todo lo arrastra: hombres y puentes, brutos y peñas: señor de selvas y de llanos, él sólo deja oir el estruendo de su voz, pero cómo va siendo pobre esta voz del río a medida que subimos en la historia de su vida cristalina. Cada vez más pequeño y más humilde, ya su música no es sonar de orquesta sino uniforme voz de flauta monorrítmica; poca agua, poca voz y poco lecho, ya no es río sino hilo cantarino allá en la cumbre; su voz es voz de niño enfermo y vanidades de cuando cruzara la llanura, ahora son pura humildad de un chorro de agua fresca que sale de entre piedras poderosas. Y como él los hombres y los pueblos. Triste pequeñez en sus orígenes, aumentan con valores que le vienen en la ruta y se le agregan, y con el correr del tiempo se hacen a campanas bullangueras que engañan su miseria, crecen, se hacen grandes, aturden la historia, pero si como hicimos con el río subimos en el tiempo hasta su cuna, encontraremos también que sobre la humildad de piedras y pañales primitivos, no son sino pequeñas vanidades crecederas.

PARABOLAS SIMPLES

En la obscuridad de la alcoba llora el niño, mientras pesadamente se arrastra en busca de la madre... Impotente porque no sabe caminar, ciego porque la luz hase apagado, e ignorante porque su comprensión aun no existe y desconoce el camino que pudiera llevarlo a la pieza contigua. Llora y clama en su impreciso vocabulario y nadie le oye, su voz aun no pasa las fronteras de la sombra; duélese en su angustia, su fatigar es para él como luchar de cíclopes: dos pasos que anduvo sobre sus trémulas rodillas de rosa, son una infinidad de leguas; su pena es angustia de tragedia. Nadie le oye desde fuera mientras su dolor llena la

negrura de las sombras pero la madre, sin oirle, llega diligente en busca suya y le alarga su mano pródiga entre las espesas tinieblas de la alcoba.

El niño ríe y gózase. Lágrimas y angustias se han tornado en música pascual; cómo es triunfo su sonrisa y cómo quiere expresar en la torpeza de su lengua su entusiasmo!

Filosofía de aquella vida en pañales, dijera ser sus lloros angustiosos motivo de la oportuna aparición materna. El ignora en su pequeñez que su anhelo hubiérase colmado sin sus gritos, sin su andar y sin su espera, y cuanto sufrió este niño diligente en busca de la dicha acariciante de la madre, han dejado de sufrirlo otros pequeñines como él que no se angustian. Son apacibles y quietos en su soledad, resignados en su silencio, callan el hambre y lejos de fatigas buscan leticias en el sueño y duermen, y al despertar, la penumbra está alumbrada por los ojos de la madre que vela junto a ellos y les guarda golosina de besos.

No es triunfo del esfuerzo en unos ni premio al esperar en otros, es filosofía simple de la hora oportuna. Nada se adelanta y nada tarda, todo viene a su tiempo: germina la semilla, nace el árbol, caen las hojas y llega el fruto, y la labor sólo está en regar la tierra

cuando el sol la seca, limpiar el árbol cuando marañas de espinas quieren agostarlo, probar los frutos cuando la sazón los ha hecho grávidos de jugos, poniendo alegría en la lucha y gozo de resignado en la espera de lo que ha de venir.

Niños grandes son a veces los hombres en la tiniebla de la vida. Ambulan por senderos tortuosos que abonan con su esfuerzo, llaman, gritan, desespéranse, e ignoran hacia donde va el camino, donde está la luz y a quienes claman. Otros como los niños resignados duermen con paciencia en espera de ver al nacimiento del alba los dulces ojos de la suerte saludándoles con guiños de embeleso, pero la suerte a veces es señora diligente y sólo mira de pasada a quienes duermen; y así retrato de la vida parece la parábola de los niños: unos se angustian demasiado mientras los demás esperan sin acción, y cuando alcanzan lo que quieren creen su esfuerzo o su esperar coronados, sin pensar que eso venía para ellos. Madre de hijos diligentes y madre de resignados siempre llega a tiempo y ésta ha sido quien salvó de caer en concepto de inutilidad el llorar de los unos y el dulce sueño de los otros. Pero llega el día en que nuestra madre la Vida no nos busca y entonces nuestros gritos o el descanso

de la espera nada valen y la parábola de los niños cede su puésto a la disciplinada vitalidad del árbol: la lucha resignada y la espera diligente de quien sembró semillas para el futuro: que el deseo de regar la tierra no torne en podre el germen y que la sombra de las primeras hojas no sea ocasión para sueño tan largo que permita a los sarmientos atrofiar la planta, y cuando el árbol fructificó en doradas mieles, no esperar frutos mejores que las semillas primitivas. Sea oportuno el sembrador en sus faginas y en sus ocios, y amoldando sus deseos a la oportunidad de la estación no sufrirá lloros de tristeza. En la disciplina de los árboles está su lección de vida, cuando en orfandad irremediable se lanzó a la lucha diaria sobre el confuso erial del mundo.

LA ESCUELA DEL QUIJOTE

Don Quijote vive en el campo. En el cortijo silenciado tiene hoy su palacio de gran señor el viejo hidalgo de la Triste Figura. A medida que la civilización fué apoderándose de los pueblos encontró los cortesanos dignos de desprecio: el hombre civilizado de las grandes urbes le fué motivo de lástima, esos pobres hombres, realidad viva del verso de Plauto: *homo hominis lupus,* esos pobres hombres desprovistos de espíritu, convertidos en esclavos de sus instintos, pequeños, envilecidos, cobardes. Ninguno le pareció digno de competir consigo; corazones mezquinos, manos criminales, no son para luchar con la nobleza suya. ¿Y dónde el pan

sano, amasado con levadura de honras, propio para ser llevado a sus labios?...

Y el de la Mancha "menospreció la corte y alabó la aldea", como lo hiciera Fray Antonio de Guevara, pero como más tarde la aldea obtuvo categoría de ciudad y con ella perdió el suave encanto de su quietud desesperanzada, de su espiritualidad de sitio abandonado, de su inacción de pobre vivienda de gentes resignadas, el manchego se alejó de ella también, y en silencio guió sus pasos hacia la virginidad frondosa de los campos. En ellos pasa hoy su vida e ignorado del siglo, surca con el labrador la tierra fértil cuyo único abono son el agua y el sol.

Y con el Quijote retornan al cortijo todos los espíritus malhallados en el mecánico vaivén urbano. Mientras la vida diaria destruye incansablemente el valor espiritual de los hombres, éstos miran hacia el silencio no profanado de la selva. Cabe la misericordia de su rusticidad el alma se simplifica, se desnuda toda de las vanas complicaciones que diérale el progreso de hierro de los pueblos, ese progreso que destruye todo lo que no se aviene con su sed de movimiento, con su agitación, con su inquietud; ese progreso que odia todo valor no susceptible de ponerse en una caja de ahorros o de ser representado por billetes de Banco. Entre los

valores cotizables de este progreso no está el valor del espíritu, que descendiendo ha pasado a ser un pobre esclavo de la mecánica, frágil cosa que poco vale, digno de tomarse en cuenta sólo por la curiosidad que dan las monedas viejas. Pero en la pobreza del cortijo el espíritu se agiganta, crece hasta el infinito viviendo en contacto con la Naturaleza. En la quieta soledad de los campos y de los pueblos estancados, vecinos a las selvas más que a las populosas urbes, pueblos apacibles que tienen franco camino a la montaña, el espíritu parece que trabaja con fuerza propia. El pensamiento como minúscula abeja de una colmena primorosa, labora callando, en callada humildad que encuentra oro de miel aun en las flores más inodoras. La vida espiritual es hermana de la pobreza y del silencio y pobreza y silencio son destruídos por la ola poderosa del progreso, de este actual progreso de hierro, de máquinas gigantes, de valores incalculables. Don Quijote piensa con Epicteto que es mejor amueblar el alma con la liberalidad y la justicia que llenar la casa con suntuosos objetos por vano amor al lujo y como el lujo de la casa contraría el del ánima, él se ha venido a estos sitios en que no hay más muebles que los necesarios para dormir y descansar, pero en los cuales el espíritu

ha hallado lugares deliciosos donde pasearse libremente en su sed de perfeccionamiento y de justicia; y cuanto la vanidad pierde en estos retiros solitarios, gánalo la vida interior que se hace cada vez más pura y más intensa. Y el progreso material se trueca en progreso de espiritualidad. No es ya la pobre criatura humana, inmutable en su tamaño, cobijándose bajo altas torres de granito, viviendo en casas de pisos incontables, sino la torre diamantina del espíritu, cada vez más alta, dando valor a la persona. En medio del progreso material de los pueblos el hombre se achica ante las soberbias obras de sus manos y en la soledad de las villas muertas y de los campos vírgenes, la vida humana es pequeña ante la majestad del espíritu que se encumbra por obra y gracia de su poder oculto.

En el tumulto de las grandes ciudades, viciadas y llenas de inquietud, el hombre carece de medios para conocerse a sí mismo; el vecino con quien lucha ocupa para su conocimiento el sitio que debiera llenar su personalidad interior, esa personalidad raras veces encontrada y a la cual hace referencia la inscripción délfica. Labor inútil en medio del agitado movimiento de las ciudades, atónitas ante el ruido de su incesante progresar, duras por la

lucha diaria que amengua el valor propio de los hombres, ciudades instintivas, voraces como el trágico Moloch, destructoras de vidas individuales para crear los grandes valores de sus sindicatos, donde el hombre vale por sus brazos solamente y donde la justicia, la confraternidad y la virtud se ferian a bajo precio, ciudades matemáticas, productos del cálculo y de la especulación... Don Quijote las detesta y ha huído de éllas para siempre. Cuando las vió en camino de olvidar su nombre caballero, alabó la aldea humilde, y cuando ésta, siguiendo después en progreso, quiso retratar las ciudades populosas, se alejó hacia la selva anónima y hacia los pueblos muertos, solitarios y estancados, con amplios caminos a la montaña de donde reciben corrientes de renovación y de vida. Y el de la Mancha vive así en silencio callado, lejos de los hombres y de las máquinas, soñando con su mundo ideal, imposible, inaccesible.....

LOS HUMILDES

Fuera de la ciudad, más allá de los últimos arrabales, más allá del río sonoro, tiene este viejo su albergue. Remedo de casa, aquello no es sino templo de pobreza, de miseria suma: cuatro endebles pilares y una techumbre de hojas, es la mansión del solitario pordiosero; los claros de pilar a pilar están cubiertos de géneros unidos malamente y puertas no las hay, porque este viejo piensa como Jacopone de Todi que los ladrones no persiguen la pobreza. Bajo el sol de la tarde endilga hacia allá sus pasos, apoyándose en el rudo bastón que ayuda la flaqueza de sus miembros. Va cansado. Caminó todas las calles suplicando la limosna en puertas ricas y en el morral la lleva a casa a regalar con ella su

apetito castigado. Llega a la covacha, descarga el pesado fardo y suspira. Ya es de noche. Estrellas apuntan en la lejanía celeste y el viejo está solo y diligente aderezando la cena que hubo a súplicas. Unas ramas secas danle calor y luz y presto está arreglado todo y come con fresca alegría de triunfo. Pan candeal son las sobras para su inculto paladar y las prueba con placer que de verse diera envidia, y como poco tiempo gasta en su merienda, sale luego hacia la orilla del cercano río, cántaro en mano, en busca de agua clara. El cántaro es resto de otro mayor que no fué suyo y que rompióse antes que la caridad se lo obsequiase. En su borde tosco sorbe el agua como en ánfora murrina y torna a casa donde aun la luz alumbra el nido que se tiene para echar su cuerpo a descansar.

Ahora el viejo está alegre en su silencio de abandono contemplando la noche sin ruido, clara noche llena de astros, noche quieta, que trae paz a su llagado corazón de mendicante y momentos después el viejo duerme, y el sueño suyo es dulce, sueño sereno, sueño apasible de quien mira con indiferencia despertar en la Vida o en la Muerte.

—

La tempestad brama como bestia salvaje sobre la copa de los grandes ár-

boles, el río ruge en su furor incontenible, el viento silba trágicamente, y las nubes, descargándose, todo lo llenan de agua. Horror de la noche, el viejo despierta en medio de su furia, temblando de miedo. La luz de los relámpagos tiene como en el día su misérrimo tugurio, sobre el cual crujen los árboles cercanos, próximos a venirse al suelo. Incertidumbre del momento, el viejo ignora lo que debe hacer en aquella hora de dolor y de prueba: único en la desolación de aquellos sitios, no hay refugio cercano en donde ocultarse al poder de los elementos embravecidos. Sale en su inconsciencia de angustiado hacia la negra intemperie, mientras la lluvia azota inclemente su pobre espalda fatigada; camina, corre buscando acaso un hueco en la tierra en donde esconder su cuerpo trémulo, y nada encuentra, a no ser el agua del río que brama con más fuerza, el azote del cielo que castiga su carne flácida, la luz del rayo que enloquece su retina. Dolor de la noche, todo es para el pobre pordiosero enloquecido, que a fuerza de andar cayó inerme en tierra y ahora el vendaval le acerca el instante de la muerte, que él tal vez espere con resignación y entusiasmo, mientras la naturaleza se conjura sobre su miseria.

Han cesado el viento y la lluvia y la

tempestad. Sólo el río sigue rugiendo ferozmente. Pronto los negros nubarrones se auyentan y las estrellas parpadean en el fondo remoto del cielo. El viejo se levanta con esfuèrzos dolorosos de la tierra donde fué arrojado por la tormenta y empieza a caminar torpemente en busca de su choza miserable. Después de mil vueltas y cuando el día comienza a clarecer, el pordiosero da con el lugar en que se alzaba su tugurio, que ya es ruinas solamente. El viejo ve aquella destrucción serenamente, sin que su rostro revele la más pequeña señal de dolor; da pocos pasos y entre la hojarasca humedecida halla la alforja andrajosa que le ha servido tánto tiempo—desde que murieron sus hijos y parientes—para recoger los mendrugos que le regala la largueza pública. La levanta con cariño y rodilla en tierra une sus flacas manos en señal de oración. Reza en silencio, con fé, con alegría, con devota unción de creyente y alaba a Dios dándole gracias por el dón que le hiciera de dejarle aún el pedazo de vida que arrastra por calles y caminos, y cuando el sol ya estuvo sobre la cresta de los más altos montes, el viejo aun oraba imperturbable, embelesado....

—

Descendiente espiritual de la larga familia de resignados que culminó en el

pestilente estercolero de Job, este viejo, imagen de otros tantos hombres callados, va siempre por la vida en silencio, mientras una tragedia desconocida para todos, roe interiormente su espíritu, su pobre espíritu de hombre. Yo lo he visto mil veces pasar junto a mí a cualquier hora del día, y tú, lector, acaso hayas puesto sobre él una mirada de ternura, creyendo regalarlo con ella. Pero en balde tú y yo hacemos caridad a este pobre sér anónimo que nadie conoce, en balde nuestro espíritu tiene compasión de él, que poco necesita. Dasle lo que pide, lo que le falta, un pobre pedazo de pan para su estómago y tú anhelarás siempre, sin alcanzarlo, el hermoso tesoro de su vida desconocida: la profunda serenidad de su alma humilde.....

ALMA DE PUEBLOS

Sólo una fuente canta en medio del silencio de la calle abandonada y umbrosa, donde enfilan su quietud altos sauces llenos de luna. Fuente antigua, de pueblo muy español por donde pasara el siglo XVII, ruinosa y fea, habla de cosas viejas: de rezos muertos, de citas truncas, de luchas fuertes y bravas. La luna y el silencio le dan voz a las cosas, y esta agua que corre imperturbable hace centenares de años, discurre con lengua casi humana. Oyó ella el reir alborozado de niños que después fueron mozos galantes y junto a ella solicitaron caricias de amadas ardorosas, y los mozos fueron viejos, pidió alguno limosnas frente a su claro cantar, otro pasó por ahí ufano de sus

méritos, otro se hizo freile, una tarde sintió pena, se sentó a un lado suyo y rezó su libro de oraciones, mientras otros se fueron para lejanas tierras, en busca de oro, de conquistas y de muerte. Pasó el tiempo y vino otra generación que también fué suya, y otra y otra, y de todas dice algo el hilo de agua de la fuente, donde parecen rondar tántos espíritus olvidados.

Alma de las cosas que es como alma de seres muertos, este profundo encanto de los sitios solitarios constituye testamentos de años que fueron. Pasó el color de una hora, se esfumó en el tiempo el minuto de una acción, de una palabra, y la materialidad muda y estática de las cosas próximas, encierra aún para siempre la voz que se rompió contra ella y la acción que llegó hasta su inadvertida quietud en un momento muerto; y todo esto que ya nadie recuerda, que la historia no hizo suyo por pequeño, vive ahí, en silencio y soledad que hablan con voces mudas. Panteísmo del paisaje, el espíritu se enreda en la inconciencia de las piedras y desde ellas echa a vuelo sus campanas sobre el correr del tiempo; sangre de esfuerzos que por ahí cruzaran, abona tierra fértil que después es rica exuberancia en savias y en flores, que son, más que inadvertidas criaturas, lengua de almas ignoradas.

Y así en el paisaje viven los hombres del ayer. Esta fuente que canta en el silencio alunado de esta calle olvidada, es igual a otra fuente de otro pueblo, lleno también de luna, de cipreses y silencio. Igual ritmo tiene el agua, igual dulzura en el ambiente de ambas, y a pesar de tánta igualdad el paisaje habla con voz desemejante en ellas, porque diferentes son sus almas. Obra de siglos y de hombres pasados, tienen la huella de su fisonomía y de su historia, porque los pueblos no son montón de piedras dispuestas por arquitectos, sino esfuerzo de hombres que van pasando. (Epicteto lo dice: "Engrandecerás a tu pueblo, no elevando los tejados de sus viviendas, sino las almas de sus habitantes.") Y como la piedra que ayer sostuvo el palacio del potentado, a pesar de derruirse aquél aun existe, así labor de hombres no perece, sino que en cambio sigue viviendo por sí sola, ganando, por una lucha panteísta, voz en las cosas que fueron sus testigos.

Seres humildes hubo en los pueblos que lucharon en silencio, su vida fué peregrinar en solicitud de acciones grandes, sobre la indiferencia cuotidiana arrastraron un trágico pensamiento que hasta la hora final sirvió de óleo para la lámpara de sus energías, y fueron héroes en su holocausto: a cada pa-

so su carne sintió una mengua, lucharon sin fruto para entonces, pero el fatigar de su vida habla hoy en silencio también, sobre la impasibilidad de muros pétreos, de la labor útil de aquellos hombres silenciados. Su alma se prolongó más allá de la historia de su vida y, anónima, viven hoy en el espíritu colectivo, transformándose, agrandándose. Es el trabajo de los muertos, no aquel trabajo materializado en soberbios capitales de que nos hablan los economistas, éste es más intenso y más enérgico. Gota de agua sobre dura piedra, el pensamiento de nuestros mayores más remotos—ellos que dejaron el sudor de su esfuerzo en nuestras cosas—ha labrado con empeño obra presente, y hablando por bocas actuales, son como el fermento del alma de las colectividades que progresan. Viven perpetuamente en los pueblos que fueron antaño indiferentes a su poder oculto, más que en los hijos, donde triunfan los caprichos de la herencia, en pensamientos y en acciones. Ignorados pasaron la vida en pensar y en dirigir, la tierra se hizo boca para acariciarles y premiarles, mas su impulso quedó fuera en crecimiento de beneficios y de ardores, latiendo en la gran arteria de la dinámica social.

Hoy son nadie, y como para éllos, también para sus nombres hubo orfan-

dad de laude. Viven en nuestras ideas, en nuestro progreso, en nuestro espíritu, de una manera subconsciente, y cuando vamos por calles que ellos cruzaron hace mucho—sitios ocultos que fueron sombra propicia para la germinación de sus ideales apostólicos, riego de júbilo para sus anhelos muertos—voces que duermen en la quietud expiatoria de cosas viejas, nos hablan de ellos, de sus entusiasmos y sus luchas en pos de una trágica idea libertaria que nunca llegaron a consolidar. Ellos hacen amables estos paisajes indiferentes de los pueblos viejos, estos paisajes abandonados donde parece que su evocación sin nombre es más sentida, y alma popular, alma de seres muertos que hoy es como espíritu de cosas, habla mejor en este silencio de cipreses argentados de luna, junto a una fuente vieja y derruída donde reza con unción devota un hilo de agua clara.

EL MISTICISMO DE
AMADO NERVO

EL MISTICISMO DE AMADO NERVO

En esta época en que el espíritu guerrero de las razas ha llevado su sed de dominio hasta la cima del más expectable heroísmo, una figura de modales un tanto antagónicos con el alma del siglo —fusión de oro y sangre—levántase hasta más allá del horizonte cultural presente, encarnando a la vez todas las tendencias místicas de su raza.

El hondo misticismo de Plotino, cuyo espiritualismo lo llevó hasta el éxtasis panteísta de su sistema filosófico; la religiosa beatitud de Raimundo Lulio, abrazado al silencio del claustro después de hallar en la carne de la mujer ama-

da una llaga vulgar, tradición que si negada por la crítica moderna, subsiste como un símbolo encarnador de la sentencia salomónica: *Novissima autem illius amare quasi absynthium, et acuta quasi gladius biceps;* la casi salvaje religiosidad del flamenco monje Ruybroeck; todas esas manifestaciones ultrasensibles del alma beatificada merced a prácticas más o menos sabias y casi míticas, parecen advertirse en los modales de Amado Nervo, el poeta de virtud antagónica con el alma del siglo, representante en las letras castellanas de la escuela imperecedera de los místicos. Y al hablar de éstos tenemos que anotar una verdad atestiguada en libros y sistemas: los místicos de hoy son los mismos del más remoto ayer—vivientes acaso de acuerdo con sus ciclos de reencarnaciones—y su literatura sufre apenas el cambio del idioma. (Prueba de ello es la resurrección bajo el nombre de *Teosofía* de las antiguas sectas religiosas de los indios y los egipcios.) Buda, Plotino, Basílides el Gnóstico, Zarathustra el Antiguo, son los eternos profetas de esta escuela. También observando todas las tendencias de estos seres—monjes venerables del silencio—debemos anotar su fin más o menos señalado al panteísmo, sistema filosófico hacia donde tienden muchas de las ex-

plicaciones cosmogónicas de las distintas escuelas, porque, los que atribuyendo una virtud de espontánea creación a la materia, pretenden justificar la no existencia de un primer motor, dan a aquélla la virtud suprema de éste, y vienen en cierto modo a *deificarla,* a confundir a Dios con la cosa. (Spinosa y sus secuaces no hicieron sino esto con diferencia de deducciones.) Y los que despreciando la materia se elevan a los complicados planos del espíritu, llegando a la meta con Plotino, el cual explicaba la transmigración hacia el Todo Absoluto por la virtud del *éxtasis,* crearon el panteísmo espiritual subsistente en todo místico de cualquier época; de suerte que aceptando—si fuese posible—el principio de los seres por la germinación espontánea de la materia, substancia prima, creadora, etc., observando después el desarrollo animal según los evolucionistas, y aceptando por último la transmigración neo-platónica, explicaríamos la razón del mundo por el panteísmo, doctrina que es la sima para los materialistas y la cima para sus antípodas los místicos.

Por ello en toda alma religiosa efectúase un proceso panteísta. El período silencioso en que el recogimiento hace olvidar los dolores de la carne, efectúa lentamente la transformación

vital de una manera inapercibible, y cuando se ha llegado al estado casi paradisíaco de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Santa Clara, San Francisco de Asís, Raimundo Lulio, Ruybroeck ¿qué se ha hecho la lozanía vivificadora, sanguínea en la corola de los labios pretéritos? ¿qué fuerza los obliga a semejarse a sus azules sombras de otras épocas?.... Ah! la corriente panteísta que los transfunde, que hace viajar su esencia creadora hacia lo Absoluto, les ha arrebatado la fuerza vital y efectúa ahora como un cambio mágico entre sus organismos corpóreo y astral y el Todo Supremo: les roba lozanía física, les disminuye energías aparentes, pero les va dando lentamente la perfección metafísica y les proporciona el éxtasis final, último elemento de transformación que los lleva hasta los complicados círculos del Eterno Todo.

Y después de tánto exponer ¿qué hemos dicho de Nervo?... Nada más sino que es un místico, un panteísta espiritual. Leed "La Hermana Agua", un poema digno del Serafín de Asís, y veréis cómo nos explica el poeta en sus versos sinceros el gran misterio de las cosas: la milagrosa sinfonía del agua al caer de la cascada revelándonos lo que ha *visto* en el corazón de la tierra, el agua que baja de los cielos y

canta el encanto de su estada arriba—cerca del calor del sol y del azul remoto —el agua convertida en vapor, en rocío y hasta en lágrima.

......Todo en el Universo
es uno: corazón, luna, sollozo, verso,
recuerdo, carne, aroma, risa o cantar dolido.

nos repite Gregorio, ayudándonos a interpretar así al gran asceta lírico.

En los éxtasis de Nervo hay imágenes completamente reveladoras de su sed de transformarse, de ir hasta el más allá irrevelado.

Leámosle:

Oh, Arcano
para subir a tí, dame la mano!

. . . .

¡Contempla, allá, muy lejos la cima de zafir
a dónde has de llegar antes que la jornada
termine.

. . . .

y entonces ¡por fin! hallaré a Dios?

. . . .

Este rodar de los años,
este arder de las estrellas,
esta ley inexorable del número y el espacio
que al cosmos liga y sujeta,
¿no son más inexplicables,
si bien se piensa,
que el persistir de tu yo,
que la simple vida etérea
y sutil de nuestras almas
su vibración que no cesa
en los planos invisibles
de la REALIDAD ETERNA?

No hay que dudar, estos pocos versos desglosados de un libro no há mucho publicado, explican claramente el hondo misticismo del autor de "Perlas Negras" y "En voz baja", del poeta que en el arranque de alguna decepción luliana, preguntó anhelante:

¿Por qué DEMIURGO, hicieron tus designios obscuros
más sabrosos los labios que los frutos maduros?
¿Por qué diste a la hembra líneas en cuya gracia
hay avasalladora y sutil eficacia?
¿Por qué tiembla en sus ojos tan invencible imán?
¿Por qué, cuando nos miran, nos causan tanto afán?
¿Por qué es el MAYA artero tan cruel engañador,
por qué es irresistible la fuerza del AMOR?
Si luego quienes comen la codiciada pulpa
tan sólo hallan acíbar, como si la gran culpa,
estuviera en la fuente del nacer escondida
y el mal por excelencia fuera el mal de la vida?
como si el gran deleite, que el sexo lleva oculto
para un hosco Ahriman significase insulto?

y como siempre está mudo el Gran Misterio, leyó el libro sagrado, su vista encontró la sabia verdad: *Cuntæ res difficiles: nom potest eas homo explicare sermone.* y clamó entonces con el alma del fraile de la leyenda:

Causæ causarum, miserere mei!



Creer, creer! Verbo imposible para tántos, negando su "consuelo metafísico" a dolorosas almas náufragas en el abismo de la duda. Todo pasa dejando tras sí la misma cosa, los débiles y los

fuertes caen de igual modo, porque en el fondo de ellos está lo vano, lo carcomido, en igual proporción. *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas,* dijo el Eclesiastés, y agrega Kempis: *Deja todas las cosas transitorias, busca las eternas. ¿Qué ès todo lo temporal sino engañoso?* ¿Y cómo se pueden conseguir las *cosas eternas?* ¿Dónde está su camino? ¿En qué oculto paraje encontró el divino Dante el pórtico en que leyera la frase sagrada:*Antes que yo no hubo nada creado, a excepción de lo inmortal, y yo duro eternamente?*..... ¡En tí mismo, contesta la fé imposible, purifícate para que puedas levantarte sobre las vanidades terrestres, has en tu interior un templo y lávate en el agua mística de la creencia!

Por eso Nervo cree, es idealista y confía en la resurrección de la fé. Amén. Oigámosle ahora como habla al soberano fundador del Escorial:

Ignoro qué corriente de ascetismo,
qué relación, qué afinidad obscura
enlazó tu tristura a mi tristura
y adunó tu idealismo a mi idealismo.

En uno la nostalgia de la púrpura real y en el otro el dolor de la vida, la realidad de lo vano del mundo, el ojo escrutador que advierte bajo la rica seda de la hembra y sobre sus carnes, finas y voluptuosas, *sa camisa, que era*

sutza, de sutzedat vergonzosa a nomenar e a tocar, como en el cuento de Lulio originario de la historia divinamente cantada por Núñez de Arce en sus tercetos impecables. Pero muchos advierten esa *sutzedat* y sienten el dolor infinito del mundo y no tienen la virtud consoladora de Nervo, esa virtud que lleva el alma hasta el delirio místico como a Santa Teresa, San Juan de Pathmos, San Francisco y Massimilla.

Ah! ellos.....

1917.

MAURICIO MAETERLINCK Y LA FILOSOFÍA DE LA DESGRACIA

MAURICIO MAETERLINCK Y LA FILOSOFIA DE LA DESGRACIA

> *Ya llegará un momento en que toda tu alma surja del fondo del dolor como agua pura y viva.*—Maeterlinck.—*Aladina y Palomides.*

Desde que leyera por primera vez a Mauricio Maeterlinck he creído firmemente en la existencia de un secreto acontecimiento en la vida del gran psicólogo belga, y quizás sea uno de esos peregrinos incidentes con que tropezamos en nuestra senda y que, por la virtud del momento en que tuvieron lugar, efectúan un cambio en la constitución interna de nuestro yo, alcanzando

tales proporciones que hacen al fin dudar de su origen humilde y sencillo. Cuántas veces por seguir atentamente el vuelo impreciso de un ave dejamos de ver la tragedia sangrienta que se sucede a nuestras espaldas!

No me explico la magnitud de la desgracia en que se educara el gran discípulo de Ibsen, pero debe haber existido de una manera elocuente y precisa, y así como el constructor Solness del drama ibseniano tuvo que ver arder sus hijos para después alcanzar su gran fama de arquitecto, así el maestro belga tal vez en el comienzo de su vida tuvo que cerrar algunos labios amados y que ver en el fondo de algunos ojos muertos el gran misterio del más allá infranqueable, para después crear esa Filosofía de la Desgracia que se deja ver, sutil y misteriosa, en las páginas adorables de varios de sus libros.

Muchos han escrito sobre la alegría de la vida desde Demócrito de Abdera hasta D'Annunzio el "imaginífico", muchos han cantado las creaciones del Autor Ignoto, viendo el gran misterio vital en la plenitud sagrada de los vientres deformes o en el corazón insensible del fruto sazonado; pero Maeterlinck, alejándose de todas esas manifestaciones joviales del mundo, hase ido hasta el lecho de los moribundos, ha examina-

do el rostro de los mendigos y los niños, ha fijado su atención en la mirada y en la voz de los que parecen acercarse a la tumba, y poco a poco, de investigación en investigación ha formado esa Filosofía del Dolor, esa escuela de la humildad, que tiene cátedra en las profundas enseñanzas de sus obras.

Y ese artista que tan sabiamente nos dice cualquier cosa debe haber recibido, como dijimos antes, las primeras lecciones de la ciencia psicológica en medio del silencio improfanable de una desgracia, y como el personaje del drama de Ibsen decía a Hilda: "Todo lo que he logrado construir, crear, hacer de hermoso, sólido, cómodo de habitar.... Oh! ¿No es espantoso el pensarlo solamente? Todo eso he debido pagarlo, no con dinero, sino con dicha humana, y no solamente con mi propia dicha, sino con la de otros también", asimismo el maestro belga quizá podrá decir: todo eso que sé de manera tan profunda lo he aprendido, no en libros y escuelas, sino en el inagotable laboratorio de la vida humana, costándome el dolor de grandes desgracias y la ausencia de muy caras adulaciones, *porque hay cosas que no vemos hasta el momento en que se marchan para siempre....*

Hubo de pasar por esa incógnita desgracia quien ha llegado a escribir pá-

ginas que en vez de cualquier otro nombre podría dárseles el de "Itinerario del alma" como el diario de María en "El Placer" d'annunziano. Para ello leed el bello drama "Interior", cuyo solo nombre trae sugerentes evocaciones. El silencio del padre tranquilo que ignora la trágica muerte de su hija, rodeado de las hermanas de la muerta y de su esposa que duerme un niño, en medio del diálogo casi mudo del forastero ignoto y del anciano amigo, evoca lentamente el paso de horas iguales de desgracia en que alguien ni siquiera tuvo la bondad de saber dar una noticia fatal.

Oigamos cómo habla el sabio anciano:

"No sé cuál elegir... Hay que tomar grandes precauciones.... El padre es viejo y enfermizo.... La madre también y las hermanas son demasiado jóvenes.... Y todas la querían como ya no querrán a nadie... Nunca he visto casa más feliz... No, no. No os acerquéis a la ventana: eso sería lo peor de todo... Vale más anunciárselo lo más sencillamente posible, como si fuera un acontecimiento corriente, y no aparecer demasiado tristes; si nó su dolor quiere sobrepujar al nuestro y no sabréis qué decir... Vamos al otro lado del jardín. Llamaremos a la puerta y

entraremos como si no hubiese sucedido nada. Yo entraré primero; no les sorprenderá verme; vengo algunas veces de noche a traerles flores o frutas y a pasar algunas horas con ellos."

"Vale más no estar solo. Cuando se lleva una desgracia, si no se lleva solo es menos clara y menos pesada... Si entro solo tendré que hablar desde el primer momento; lo sabrán todo en algunas palabras y ya no tendré nada que decir; y me da miedo el silencio que sigue a las últimas palabras que anuncian una desgracia... Entonces es cuando el corazón se desgarra... Si entramos juntos, les diréis, por ejemplo: la han encontrado así... Flotaba sobre el río y tenía las manos juntas..."

"Ya véis cómo habla úno a pesar suyo... La desgracia se pierde en los detalles.... Pero si entro solo, a las primeras palabras, conociéndolos yo como los conozco, sería espantoso, y Dios sabe lo que sucedería... Pero si hablamos por turno, estarán escuchándonos y no pensarán en considerar la mala noticia... No olvidéis que la madre estará allí y que su vida depende de tan poca cosa... Más vale que la primera ola se rompa sobre algunas palabras inútiles. Es preciso hablar un poco en derredor de la desgracia, y que no estén solos. El más indiferente sobrelleva

sin saberlo parte del dolor... Así se divide sin ruido y sin esfuerzo, como el aire y la luz..."

"Vivía esta mañana!... La encontré al salir de la iglesia... Me dijo que se iba a ver a su abuela a la otra orilla de ese río donde la habéis encontrado.... No sabía cuándo me volvería a ver... Sin duda ha estado a punto de pedirme algo; después no se ha atrevido, y se ha separado de mí bruscamente... Pero ahora lo recuerdo... ¡I no ví nada!... Sonreía como sonríen los que quieren callarse o los que tienen miedo de que no se les comprenda... Parecía que esperaba con pena...casi no me miraba."

"No se sabe... ¿Se sabe nunca algo?... Acaso era de las que no quieren decir nada, y cada úno lleva en sí mismo más de una razón de no vivir... No vemos dentro del alma como vemos en esa habitación. Todas són así... No dicen más que cosas indiferentes, y nadie sospecha nada... Vivimos meses y meses al lado de alguien que ya no es de este mundo y cuya alma ya no puede inclinarse; y le respondemos sin pensar en ello, y ved lo que sucede... Parecen muñecas inmóviles, y en su corazón suceden tántos acontecimientos... Ni ellas mismas saben lo que son... Hubiera vivido como viven los demás.. Hubiera dicho hasta el día de su muer-

te: "Señor, Señora" "Lloverá esta mañana?" o "Vamos a almorzar, seremos trece a la mesa;" o "La fruta no ha madurado todavía." Hablan sonriendo de las flores que se han caído y lloran en la obscuridad... Ni un ángel vería lo que es preciso ver, y el hombre no comprende hasta después... Ayer noche estaba ahí bajo la lámpara como sus hermanas, y si ésto no hubiese sucedido no las veríamos como hay que verlas... A mí me parece que las veo por primera vez... Hay que añadir algo a la vida ordinaria antes de poder comprenderlas... Están en nuestro lado, nuestros ojos no se apartan de ellas, y no las vemos hasta el momento en que se marchan para siempre...y, sin embargo, qué alma tan extraña debió tener!; un alma pobre, ingenua, inagotable, ¡hija mía!, si dijo lo que debe haber dicho, si ha hecho lo que debe haber hecho..."

No hemos podido reprimir el deseo de insertar estos párrafos, que contienen el pensamiento interno del poeta y son como el alma del pequeño drama, motivo de estas líneas. Pero, ¿quién no ha sentido la amargura inesperada de una dolorosa noticia? ¿Quién, después de haber consumado el Destino el desenlace fatal, no recuerda de manera precisa los momentos pasados al lado de alguien cuyos días hubiéramos po-

dido contar sin fatigarnos, conservando en lo más hondo del recuerdo la mirada imprecisa de algunos ojos próximos a cerrarse por siempre, y el eco de frases—sin sentido y extrañas para entonces—pronunciadas por labios ya muertos? ¿Acaso no conservamos religiosamente en la memoria el tono ignoto en que se nos hablara de cosas pasajeras y las nostalgias inmotivadas de que adoleciera un alma cercana a la partida? ¿Acaso no recordamos haber advertido inconscientemente una música más honda en la música propia de una canción que oyéramos a seres que hoy no existen, como si al entonar su voz el ritornelo conocido de todos, su alma quisiera agregarle algo suyo, algo menos humano, algo que ya tuviese el signo de la eternidad?...

Sí, todos pueden juzgar al gran belga, porque la desgracia siempre es consecuente y visita en cualquier forma a los mortales, y las almas que se levantan bajo su peso parecen llenas de una sabiduría extraña: la sabiduría del dolor que manda y se hace servir. Pero lo que ha creado Maeterlinck es la filosofía propia de esa desgracia, la psicología de su presencia, porque ella obedece a causas fatales y eternas como todas las causas del cosmos, y cuando se manifiesta sensiblemente es porque ya se ha operado un proceso profundo,

accesible al observador de fría mirada, pero imposible de observarlo quien no haya dedicado una asidua constancia al estudio de esas manifestaciones de la vida humana, porque su acción no es momentánea y si puede depender alguna vez de nuestra voluntad somos víctima de ella por mucho tiempo, pues siempre se lleva a cabo la sentencia de Mefistófeles en el *Fausto* goethiano: "El primer acto es libre para nosotros: pero somos esclavos para el segundo."

La desgracia tiene su época de paulatino crecimiento: germina como cualquier fruto y se fecunda como cualquier célula ovariana, dando finalmente su savia plena de vitalidad precisa, y al probar nuestros labios la pulpa venéfica del fruto ya en sazón, quedamos bajo su imperio como si hubiésemos probado nuez vómica u otra semilla alcaloidea, y así como las frutas medicinales pueden causar el envenenamiento rápido del organismo o según su cantidad una regularización de las funciones cerebrales y nerviosas, así la desgracia, después de un supremo desgarramiento, puede proporcionarnos un medio de educación espiritual como cualquier escuela de ética o de religión.

Y Mauricio Maeterlinck ha obtenido más fruto en sus profundas investigaciones que los que, desde el filósofo de

Abdera hasta el "imaginífico" D'Annunzio, hanse dedicado a cantar las supremas alegrías del vivir, olvidando la sabiduría encerrada en la pregunta del viejo Campoamor:

¿Qué importa ser hombre o flor
¡Ay! si el variar del destino
sólo es variar de dolor?

LA NOVELA METAFÍSICA DE ROD

LA NOVELA METAFISICA DE ROD

Detenidamente he leído el libro de Eduardo Rod titulado "El Silencio", en él la sugestiva solemnidad del rubro no desdice de lo que encierran sus páginas breves. Es una novela poco accesible al gusto popular por la monotonía de su trama sencilla: nada de actos violentos y de acciones llamativas que forman el ideal único de nuestros lectores de pacotilla. Las situaciones son casi en apariencia las mismas y los sucesos principales de la historia se suceden en el ente psicológico de los personajes, y esos sucesos, juzgables por quienes profundicen pacientemente la constitución espiritual de los hombres, hállan-

se muy lejos de impresionar el gusto abigarrado de los lectores de Dumas, la Invernizio y Zamacois.

Y es en esta transposición de lugares en el desarrollo de los hechos en lo que se basa la superioridad admirada de los personajes de Rod. Ese silencio ante la solemnidad inmisericorde del Destino que mata, ese silencio imposible en la Desgracia, ese silencio que cubre la amarga tragedia en que se desgarran el corazón y el alma, es lo que forma la atmósfera psicológica del libro, atmósfera demasiado pueril para muchos, pero que adquiere al ser examinada debidamente por quienes juzgan el verdadero desarrollo de la vida más allá de las acciones exteriores—en los planos invisibles del ente espiritual interior—una razón tan alta que es imposible imaginar que dichos actos pudieran efectuarse de manera distinta.

La novela metafísica de Rod hállase por eso fuera del límite de la comprensión vulgar, aunque sus personajes, no siendo absolutamente inverosímiles, distan muy poco de la trama cuotidiana de la vida, en la cual a continuo preséntanse casos de seres extraños que tras un manto de hipócrita vivir cargan con una existencia pesada y dolorosa, sucediéndose en su interior tragedias amargas que tienen su desenlace más allá del frío de la tumba.

A veces sorprendemos una extraña taciturnidad en la mirada de quien nos es familiar y a quien pretendemos conocer de manera cabal, ¿qué sucederá a tal persona?, preguntamos entonces, pero nuestra sed de curiosear no encuentra ninguna solución posible, porque si en un momento el llanto y el mirar de unos ojos fueron indiscretos, más tarde, y a medida que continuamos investigando, nos convencemos de la imposibilidad de otra indiscreción que nos dé la clave del misterio que perseguimos. Ah! pero si pudiéramos mirar a través de los ojos lo que sucede en el fondo de las almas!; entonces aquel que nos pareció siempre triste por alguna causa vulgar, nos diría que en el continuo vaivén de su vida flota éste o aquel amargo suceso, y aquel otro que siempre creímos de bondad beatífica, nos convencerá de que si su vida tiene una apariencia distinta a lo que es en realidad, la causa de ello está en el remordimiento de alguna falta cometida anteriormente y cuyo recuerdo no borra el tiempo.

El conocimiento de estos hechos ha creado nuevas corrientes, cuya influencia hase hecho decisiva en la actual literatura: ésta, plasmándose más fácilmente que los otros productos intelectivos al imperio de las últimas ideas, ha adoptado en su seno nuevas formas,

su espíritu proteico la capacita para recibir el contenido de las más divergentes teorías del pensamiento, y hoy vemos, por ello, invadidos sus amplios dominios por la influencia espiritualista que echa las bases de la literatura neo-mística.

El eclecticismo reinante en todas las esferas de las ciencias y las artes, tiende a unificarse bajo un mismo grupo de ideas, y como dice el maestro Díaz Rodríguez, retornando a la Naturaleza húndese en las fuentes del más puro misticismo, y nuestra literatura, alejada de los senderos del antiguo realismo, encamínase hacia la suprema cumbre idealista: la flor momentánea de Zolá agotó sus perfumes malsanos y en cambio las fragancias espirituales de las rosaledas de Hegel embriagan con más intensidad; y todo esfuerzo realizado en ese sendero corresponde lógicamente al espíritu general que invade las regiones del pensamiento. La novela de Rod es una plausible cristalización de esta idea actual, su trama, su objeto y su fin, son el completo desarrollo de un problema ontológico: la explicación de la vida sin palabras.

UN SILENCIOSO

UN SILENCIOSO

Silencioso, sereno, Julio Sardi parece ser discípulo de Marco Aurelio o de Epicteto. Fisonomía de místico torturado, su rostro evoca las líneas amarillentas de un San Bruno que viéramos desde niño en el penumbroso rincón de un recibo vicarial, mas poco de cartujo tiene Sardi, y ese su aspecto de penitente, sólo hace pensar al conocerlo, en el sacerdote de alma inquieta y sin paz que Oscar Wilde soñara en el *De Profundis* para el templo sin luces de los descreídos. Silencioso en la vida, sereno en el juicio, inquieto en el pensar, torturado en el creer, Julio Sardi une en su "yo" estas virtudes que él quiere hermanar, para ir con ellas hacia el "vértice que hace imposible todo ofuscamiento derivado del interés y la

pasión," para escribir con propias palabras suyas.

Su vocación es de cuna. Talento de herencia, madera de abuelos, Federico Salas Roo, su tío, fué una de las más fuertes potencias mentales que diera Mérida y descendientes de este sabio no honrado con justicia, son Julio Salas y Mariano Picón-Salas, siendo también de esta larga familia Salas a que Sardi pertenece, Juan Antonio y Tulio Gonzalo, cuyo nombre, como el de los ya nombrados, es bastante conocido en Venezuela. De esta sangre de intelectuales, mezclada con otra sangre venida de la tierra de los naranjos cantados por Goethe, viene Julio Sardi, el silencioso y kempiano, como fuera calificado en Mérida recientemente.

Cuando toda una brillante generación se ensayaba en "Génesis" ya Julio Sardi, de época anterior, había dejado conocer su prosa vibrante, su prosa sonora, llena de las inquietudes espirituales que germinaran en el joven autor, enamorado de las rojas vindicaciones que enloquecieron la mente incendiaria de Luisa Michel en la Comuna francesa, devoto del espíritu evangelizador del frío Tolstoy en la estepa rusa. Pero Julio Sardi, que empezó con brío, con aliento, con energía, trocó presto todo su entusiasmo en un silencio hermético de místico, y en medio de

este silencio ha escrito un libro que ignora dónde está. ¿Puede imaginarse que exista un escritor que pierda sus manuscritos sin ningún motivo? Sí lo hay! El libro "Gestos" de Julio Sardi está perdido para él según su propio decir, pero nosotros pasamos a creer que este raro libro aparecerá algún día con algo más que sabemos escribe Sardi. Ajeno a la publicidad, contratrio a quienes dan todo lo suyo al público, y mucho más a quienes *pase lucrando*, buscan motivos para manchar cuartillas. Sardi, siguiendo acaso máximas jesuíticas, hase dado a pensar sobre libros que lée, y así, de meditación en meditación, llenando con ideas los vacíos cuotidianos, pasa sus días mejores encastillado en su torre interior, callado, silente, entre la fría prisión de la Ciudad Caballera. Espíritu de selección, mentalidad exótica en nuestro medio, Julio Sardi atalaya corrientes que están por sobre lo común. Sus primeras páginas, de cuando tuvo alegría literaria, revelan ya la tortura espiritual suya, el intenso trepidar de sus ideas; de entonces son "Una extraña luz negra," "Paganismo", y "Ojos", bellas páginas que en su poca extensión dejan conocer un estilo depurado, sonoro, harmonioso.

De esta manera Sardi ha vivido para sí y no para el público. Su vida no ha

sido vida de periódico o de libro, sino vida introspectiva, de inquietud ante el trágico misterio de la existencia, ante el doloroso problema que versificó Darío:

y no saber a dónde vamos
ni de dónde venimos.

Pequeños detalles, incidentes simples, tienen para él una profunda significación y dedícales, acaso contra su mismo querer, horas de reflexión. Julio Sardi quiso una vez definirse a sí mismo, quiso conceptuar su vida, su obra, su pensar, y dióse a labores inquisitivas en solicitud de su propia personalidad. Tortura de días fué este trabajo para él, hasta lograr en la subconsciencia del sueño, oir que le definían: *No busca realidades en la vida,* y en estas palabras está acaso la obra de Sardi. ¿Realidades? La vida, la verdadera vida, es irreal, in-racional, absurda y hacia ella ha querido ir a pesar suyo el inquieto pensador merideño. Compleja dualidad de médico—aferrado al positivismo de la experiencia— y de soñador impenitente, Julio Sardi lucha entre estos extremos: quiere creer de una manera definitiva en la existencia de planos superiores, en la presencia de leyes supremas, en la verdad de espíritus perfeccionados por una evolución ultraterrestre, y ama así la

obscuridad del misterio en que se mueve el mundo, ese misterio que hubo de enseñarle Mauricio Maeterlinck, de quien es discípulo devoto; pero un día la boca muerta de Pascal le dice a media voz: "No sabemos el todo de nada" y la duda, la indomable duda, lo lleva a no creer en nada, y triunfa en él el experimentalismo médico, la certeza empírica de Santo Tomás el Apóstol: "Ver y creer." Tortura de querer lo que no se puede querer vive en el espíritu inquieto de Julio Sardi, y sobre esta tortura gira incansable su pensamiento, hambriento de razones y de motivos. Anhela la ascensión espiritual, sube, sube, pero su duda, su falta de fé, le hace descender al terreno de la amarga realidad humana. Devoto de Nervo el Divino, en días pasados nos escribiera así sobre este soberbio místico: "Es ese maravilloso espíritu una de las perfecciones que me ha sido dado conocer en el mundo. Hay muchas analogías entre el pensamiento de Nervo y el de Maeterlinck. Cumbres de cristales es la frase que se me viene a la pluma cuando escribo el nombre de alguno de estos reveladores. Cumbre de cristal, altura diáfana. Eso son tales espíritus," y en otra carta nos dice: "El espíritu sereno, altísimo, de quien escribió *La Hermana Agua* debiera servirnos de ejemplo a los que

vamos por el mundo acosados por los perros rabiosos de esa ansia inextinguible, tantálica, de llegar al último por qué que angustia inútilmente los años más bellos, más frescos, los años matinales de nuestro efímero viaje terrestre. Bien: es muy fácil elegir el modelo, pero cuán difícil es llegar a identificarse con él, ya que para desgracia y dolor del pobre adanida, no está en sus manos la única arma eficaz para matar aquellos perros!" En estas líneas está expresado el pensamiento de Sardi: Ama el modelo, ansía la escalera para alcanzar la perfección suprema, pero no posée la única arma capaz para matar los perros rabiosos de los por qué, sin la cual toda ascensión es imposible: él la conoce y la calla y a él le duele no poder esgrimirla. Tertuliano se la da en sus tremendos apotegmas: *Certum est quia impossibile est* y *credo quia absurdum!*, pero cuán distante está Sardi de blandir estas armas, a pesar de que hacia ellas va: quien no busca realidades en la vida, busca lo absurdo y lo absurdo es cierto, nuestras raíces están en lo absurdo!

Y aquí el hombre: lucha profunda, silenciosa, entre verdades que se contradicen, entre llamas que se destruyen mutuamente. Esta lucha, esta vida interna, ha dejado sin alas su pala-

bra para el público. Pasa el tiempo y sale un discurso suyo y de él se entresaca una página pequeña pero intensa, "Los Caminos", que nosotros seleccionamos en 1918 para nuestra frágil revista "Juan Cristóbal." Esa página bien vale mucho meditar: es una lección que él oyó de boca de Marco Aurelio o de Epicteto; escribe cosas ligeras, dos párrafos, pequeñines, fácil de no leerse porque se pierden entre las páginas de un periódico, pero en éllas hay mucho de su oro profundo. Avaro de su riqueza interior, acaso Julio Sardi niega lo suyo al público, y creemos nosotros que es ésta la razón de estar perdido "Gestos." No quiere publicar el libro y evita diciendo habérsele perdido el que le sea pedido. Nosotros lo conjuramos a darle publicidad, pero no sólo a "Gestos" sino a algo más que el profundo pensador merideño esconde en el silencio de su cuarto de trabajo. Alguien nos dijera que en la soledad de la noche, en esa soledad fría y beata de las noches emeritenses, él escribe largas horas y guarda en sitio oculto su áurea labor, así como avaro orífice que a escondidas labrase milagros de joyería para saciar su sed de artista y que, consecuente con su hermeticismo, las ocultase a miradas indiscretas que pudieran revelarla a los ladrones. En su sed nerviana de purificarse, Ju-

lio Sardi debe lavar su alma de este pecado capital de la avaricia y dar al público, que tánto espera de él, su obra definitiva. Más que regalo, es éste un deber que tiene contraído consigo y con Mérida. Exponente de cultura, índice de un progreso que no se hace efectivo en obras materiales, el escritor se debe a su medio. Es él como elegido por la remota y desconocida conciencia social, para que hable en su nombre, para que tome la representación de su valor cultural. Y la obra de Julio Sardi, sin ser flores vernáculas, habrá de expresar el medio suyo, la potencia del ambiente merideño para obras de pensamiento. Reflexivo, grave, Julio Sardi ha amoldado su espíritu a Mérida, sacándole lo mucho que ésta puede dar al pensador. *E si tu serai solo tu serai tuto tuo* aconsejara Leonardo y esta envidiable soledad en ningún lugar puede alcanzarse sin aislamiento, como en la urbe de los Caballeros de Santiago. Obra de solitario es la obra de Sardi: encerrado en su castillo interior ha labrado mármol perdurable, ha aprisionado ideas fuertes, ideas que no mueren, como las que encierran en flores de trapo tánto escritorzuelo que anda por ahí, y esa obra se necesita, urge verla fuera del silencio de su autor, extasiado ante el misterio del porqué y del cómo.

ELOGIO DEL DR. ELOY PAREDES

Discurso inaugural del busto erigido al eminente patricio en la Ilustre Universidad de los Andes.

ELOGIO DEL DR. ELOY PAREDES

Señores:

...Y este Diego García de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Truxillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tántas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la mitad de una puente, detuvo a todo un innumerable ejército que no pasase por ella e hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él mismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Rolda-

nes," (1) tal dice en "El Quijote" don Miguel de Cervantes y Saavedra al querer referirse al famoso capitán español, caballero de Fernando V, oficial del la Guardia del Papa Alejandro VI, vencedor varias veces de los Orsini en Italia, compañero en andanzas del Gran Capitán don Gonzalo de Córdova y padre del conquistador de su mismo nombre: don Diego García de Paredes, venido a tierras americanas por los años de 1550, gobernador que fué del Tocuyo y luego fundador de la llamada por un olvidado cronista *ciudad portátil,* (2) Nuestra Señora de la Paz de Truxillo en Venezuela.

Quiso el ilustre extremeño, ávido de luchas, desde su gobierno en el Tocuyo, emprender la conquista de los *cuicas,* y con la bizarría que era peculiar a su sangre, internárase hacia Occidente en busca de hazañas con que saciar la inquietud de su espíritu aventurero. Funda a Trujillo en varios sitios hasta hacerlo radicalmente en el que actualmente existe. Llevó allí rica semilla española: noblezas y dineros que más tarde hicieron de la ciudad recién fundada, la más bella de la colonia; hubo pompa española entre el silencio de sus muros, "edificios que hubieran

---

(1)—Don Quijote: t. I., pág. 422.

(2)—Diccionario Enciclopédico Hispano Americano, Montaner y Simón, Editores, t. IX, pág. 144.

brillado en ciudades europeas," (1) y toda la gala que ostentaran las más célebres ciudades de América, al punto de abrir los instintos criminales del ladrón e incendiario francés Pedro Gramont, quien redújola a ruinas miserables, ruinas en las que ha dormido tántos años, y de las cuales se levanta con trabajo. Parece que el fuego del pirata galo hubiera ardido sus más remotas entrañas y llevado la más desoladora esterilidad a su existencia. Pero aún queda en ella, luciendo la austeridad de limpísimas heráldicas, la piedra española que soportó la gentileza del señorío de su siglo, y desafiando al tiempo, como un símbolo de la entereza de sus primeros habitantes, aun en el fondo soledoso de su iglesia, viven—puede decirse que tienen vida—dos hileras de cedros seculares del antiguo valle cuicas: enormes y solemnes, y sobre esa esterilidad progresiva en su vida externa, sobre ese estancamiento en que ha vivido tántos años, flota con marcada intensidad, con fuerza que hase agotado ya en casi todos los pueblos de Venezuela, el espíritu hidalgo de la española nobleza que allí fuera a asentarse; y conforme a la ley sociológica que establece corrientes de intercambio familiar entre el campo y la

(1)—Historia de Venezuela, Baralt y Díaz, t. I., pág. 196.

ciudad, entre "La Ciudad y las Sierras", como diría Queiroz, en virtud de la cual el obscuro y burdo campesino que ayer era peón en las tierras de un señor y que hoy cosechó bastante café y mucho trigo, viénese a la ciudad a darse ínfulas de aristócrata, mientras el señor de ayer, arruinado por la fuerza del tiempo, va a hundir su miseria en la soledad misericordiosa de la selva, estableciendo así un flujo renovador, si no de las fuerzas sociales en un sentido estricto, sí de las fuentes económicas de la colectividad ciudadana, conforme a esa ley, decimos, podéis ver refugiadas en los campos trujillanos, familias de limpísimo solar ibero, que en otro tiempo fueron prez de su señorío, y cuando preguntáis por Covarrubias y Berdugos y Cornieles y Barrigas que fueron flor de aristocracia en la Colonia, sólo os responde la voz torpe de un pobre campesino, que, en medio de su pobreza, luce el claro azul de unos ojos europeos y la blancura de una cutis en un perfil distinguido. Flor de ciudades, esa de García de Paredes ha sabido dar mucho de su espíritu noble y caballeroso y acaso mañana, cuando surja a nueva vida, más intensa y más amplia, con sus hermanas, estas ciudades frías y desoladas de los Andes, pueda decirnos cómo fué antes del fuego criminal del pirata francés.

Perdonadme, señores, que haya distraído vuestra atención hablándoos de mi ciudad natal, pero ella es el fruto primero y el más viejo que ha dado a Venezuela esta larga familia de García de Paredes: fundador de pueblos el hijo del famoso capitán español de que nos habla Cervantes, sus parientes más lejanos serán fundadores de Patria y de Repúblicas. Miembro de esta larga familia que sólo se apellida Paredes, Diego García legitima lo claro de su estirpe y de ella es el coronel Juan Antonio Paredes y Angulo, del señorío de esta muy noble ciudad de Santiago de los Caballeros, de los fundadores, con Rodríguez Picón, Talavera, Uzcátegui y otros, de esta ilustre Universidad de San Buenaventura, primo del valiente prócer de la Independencia José de la Cruz Paredes, uno de los 150 héroes que acompañaron a Páez en las Queseras, y abuelo este José de la Cruz del infortunado General Antonio Paredes, flor de los últimos militares venezolanos, asesinado villanamente frente a la soledad inmisericorde del caudaloso Orinoco; gobernador también varias veces de Mérida el Coronel Paredes y padre, entre otros hijos, de Ignacio, que lució su heroísmo en el campo glorioso de Ayacucho, contribuyendo a sellar la libertad de América y de este Doctor Eloy Paredes y Fernández Pe-

ña, en cuyo homenaje este ilustre recinto universitario viste de gala como en sus mejores días.

Hijo del predicho Coronel Paredes y de la honorable matrona doña Josefa Fernández Peña (1), hermana del Arzobispo del mismo apellido, la limpieza de su cuna ofrécele elevado sitio en esta sociedad, de la cual fué miembro importantísimo. Mas no al méritu de su linaje, ni al brillo de su fortuna privada, debiérale el papel que hubo de representar en el tinglado de la vida pública. Andan por ahí quienes creen que de la clareza de una estirpe y de la posesión de unas no inmaculadas monedas, viene el sitio que ha de corresponderles en las sociedades en que actúen: un solo elemento se impone sobre todas las barreras posibles

(1)—"(Aquí un sello) Pbro. Estevan Arias cura en propiedad de la Catedral de Mérida, Rector del Colegio de S. Buenavra. etc. Certifico en la mejor forma de Dro: que en uno de los libros Parroquiales de mi.... en que se asientan las partidas de Bautismo, al fol. 38 se halla una cuyo tenor es el siguiente.—En la Ciudad de Mérida a 28 de Mzo. de 1814 el Sor. Prebendado Dr. Buenaventura Arias, con licencia, bautizó solemnemente, puso óleo y crisma y dió bendición conforme al Rtl. Rmno. en la Iglesia de las Monjas a un Niño de opso días nacido a quien puso pr. nombre Eloy, hijo legitmo. de Dn. Juan Anto. Paredes y Da. Josefa Fernández: abuelos paternos Dn. José Antonio Paredes: maternos Dn. Gerónimo Fernández Peña y Da. Manuela Angulo. Fue su padno. el Pbro. Dn. Angel Ma. Briceño a quien advertí su oblign. Doy fé M. Salvador León.—Y por ser conforme a su original a que me remito doy la presente a petición de la parte. Mérida Nove. 8 de 1826.—M. Estevan Arias. Dros. Oxaris. (una rúbrica.)"

en la evolución intrasocial del individuo y este elemento es el talento efectivo. Túvolo el Dr. Paredes y aconsejado por su tío el Arzobispo, fuelo a cultivar en las Universidades de Santa Fé y de Caracas, de donde regresara a ésta a optar a los títulos de Maestro en Filosofía en 1832 y de Doctor en Ciencias Políticas en 1839 (1). Hombre de altísimos vuelos, de vasta ilustración y de talentos no comunes, a lo que unía la más acrisolada pulcritud, la profesión de abogado hubo de ofrecerle, a más de medios para numerosos proventos, motivo para lucir el caudal de su sabiduría en alegatos y en informes. No debía de faltar nunca en el ejercicio profesional abogados como el Dr. Paredes: ellos dignifican de por sí el sagrado ministerio de la abogacía y su recuerdo debe siempre servir de ejemplo a aquellos en cuyas manos está la suerte de huérfanos y viudas, de hacendistas y burgueses, debe servir de ejemplo, sí, para no ultrajar con prácticas vedadas el brillo de la justicia y el imperio augusto de la ley, santa cuando es inflexible y da a cada

(1)—El Dr. Paredes recibió sus grados en la Universidad de esta ciudad, en el siguiente orden: Bachillerato en Filosofía, en 1832; Maestro en Filosofía el mismo año; Bachiller, Licenciado y Doctor en Ciencias Políticas, en 1834 el primero y en 1839 los dos últimos.—*Anuario de la Universidad de los Andes*: t. I, págs. 82 y 87.

quién lo que es suyo e infamia escrita cuando los mercaderes del templo la pliegan a caprichos y mezquindades asquerosos. Ejerció la profesión el Dr. Paredes y ocupó a la vez la Magistratura judicial, siendo para 1842, año de su matrimonio con la señorita Josefa María Méndez (1), Juez de 1ª Instancia en esta ciudad. Ya en ese cargo el Dr. Paredes hubo de probar a sus conciudadanos las altas virtudes que siempre lo adornaron y la ciencia de que era poseedor, la cual desde 1840 ofrecía a la juventud estudiosa desde la cátedra de Derecho Público y de Gentes (2) que regentó por diez y seis años en este ilustre Instituto, largo período durante el cual ocupó dos veces el Rectorado y asimismo las Cátedras de Matemáticas y de Derecho Práctico y Leyes Nacionales, "a las que ocurría la juventud, como a fuente pura, a apren-

(1)—De su matrimonio con la señorita Josefa María Méndez nacieron los siguientes hijos: Josefa Antonia, Eloy Antonio, Juan Evangelista, Magdalena, Teolinda, Pablo María, Manuela, Ana María, Antonio, Pablo y Juana. En 1866 casó en segundas nupcias con la Señora María Berti de Anselmi, de cuya unión nacieron los siguientes hijos: Josefa, Elisa Matilde, Elbano Italo, Eloy, Clorinda, Elena y Luis Buenaventura.

(2)—El Doctor Paredes ejerció el Rectorado de la Universidad de los Andes, por pocos meses, en 1843, y después, desde el 52 al 55. La Cátedra de Matemáticas del 43 al 47; la de Derecho Público y de Gentes, del 40 al 56 y la de Derecho Práctico y Leyes Nacionales, del 46 al 56.Fué también Presidente y varias veces miembro de la Junta de Inspección y Gobierno del mismo Instituto.—*Anuario de la Universidad de los Andes*, t. I., pág. 90 y siguientes.

der sus sabias lecciones y a nutrir su espíritu con los preceptos de la ciencia", conforme lo consigna la Junta de Gobierno de esta Universidad, en el acta de la sesión extraordinaria celebrada por ella con motivo de la muerte del ilustre Maestro (1). Porque en verdad no fue sabiduría de hojarasca la que poseyó el Dr. Paredes, sino sólida ciencia e ilustración vastísima. Y ved, ahí, y ello sólo bastaría a consegrar la memoria de Paredes, grabadas sobre el mármol que sirve de sostén a su austera figura, las palabras de nuestro máximo Don Cecilio Acosta: "El señor Dr. Paredes, por la extensión de sus miras, por su poder de concentración y de generalización y por su extensa ciencia legal, era un verdadero jurisconsulto. Tal es la idea que tengo de él—continúa el excelso Acosta— que al leer sus juicios y dictámenes, me parecía que leía a Scott, a Kent, o a Mackintosh. Para su ingenio no había nada nuevo ni nada extraño en estos estudios, que llegó a abarcar en toda su esfera, desde el derecho municipal al civil, de éste al político y del político al de gentes, en que fué maestro" (2). Mas el fruto real de esta sabiduría,

1)—Archivos de la Universidad.—No. 9. Libro de Actas de la Junta de I. y Gobierno.—Enero de 1878 a Mayo de 1883, pág. 163.

(2)—Cecilio Acosta: *Obras*, t. V., pág. 307.

un Tratado de Filosofía, otro de Derecho Constitucional y uno de Matemáticas, en los cuales el Doctor Paredes hubo de verter todo el acervo de sus claros conocimientos, hanse perdido en el más doloroso olvido, olvido que no sólo cubre estas valiosas obras, sino que ha ido tragándose el trabajo de muchos de nuestros mejores hombres de letras, como que él se une muy bien a la indiferencia con que nuestro ambiguo y viciado medio ve la obra de los hombres de talento, condenados en nuestra patria a ser aplastados por la garrulería y el *bluff* de cuatro o más advenedizos que se abrogan la representación del pensamiento nacional (1)

Mas no era, señores, en el estrecho campo de abogar en estrados por intereses particulares ni en la cátedra a que supo dar brillo con sus talentos, donde estaba destinado a actuar Paredes: hombre de carácter, de acción, de altos principios republicanos, sus actividades debían desplegarse en un medio más amplio que aquéllos, en el cual la abnegación de su espíritu público

(3)—Entre los pocos manuscritos que quedan del Dr. Paredes en el archivo de su familia, existe uno, de poca extensión, ya que fáltanle no pocas páginas, curioso por el importante asunto que trata, sobre la formación de las lenguas primitivas y otros puntos de mérito filológico. Consérvanse también algunas cartas de interés, del Arzobispo Fernández Peña, de Cecilio Acosta, de los Monagas y de muchas otras personas sobresalientes en la política, el foro y las letras patrias.

habría a la vez de prestar mejores servicios a la sociedad en que actuaba. Clareaban los primeros años de la República, había el fuego de los partidos y el Dr. Paredes fué por sus altas virtues personales, foco hacia donde convergieron las simpatías colectivas. Pronto su nombre apareció al frente del llamado en Mérida *partido de arriba*, nombre que si le vino de estar en su mayor parte integrado por elementos radicados en la parte alta de la ciudad, pudiera creerse a la vez que tuvo su origen en la alta mentalidad que le guiaba. Fué a la política por el brillo de la justicia y de los derechos conculcados, no por mezquinas ambiciones personales. "Soldado del deber, y de alma templada en el fuego sagrado del patriotismo, peleó las grandes batallas en que se decide la suerte de las sociedades; y Mérida en sus conflictos terribles, en sus horas solemnes, en esos momentos de arrebato en que parece que todo peligra, le vió siempre como caudillo valeroso, guiando a sus conciudadanos que le seguían llenos de fé y de entusiasmo", así se expresa de él el Dr. Gabriel Picón Febres, en párrafos dignos de su nombre (1). Lar-

(1)—Artículos Necrológicos a la memoria del Dr. Eloy Paredes. Juan de Dios Picón Grillet, Editor.—Mérida, 1880.

gos años de lucha recuerda la historia política de esta ciudad, en que el Dr. Paredes secundado por su numeroso partido, hizo frente a las mayores emergencias locales: opuso su palabra, como remedio ígneo, a los abusos de un gobierno: enseñó desde su tribuna en la plaza pública el derrotero que en un momento dado hubo de seguir la política local para contrarrestar oprobios del gobierno central, y después de sufrir la injusticia de una detención, después de pasar días desolados en el silencio de un calabozo, su presencia ante el pueblo era más enérgica, su amor a la Patria y a los principios republicanos más intenso. Y fué tal la fé que supo inspirar a sus conciudadanos, tal la seguridad que éstos tuvieron del carácter y el civismo de Paredes, que aun en Mérida se recuerda con el colorido y el entusiasmo que ello merece, la actitud altamente republicana, de altruismo y abnegación ejemplares, tomada por él cuando Petit, investido de autoridad militar, penetró sin ningún derecho en territorio de la Provincia y quiso después aumentar sus desatinos pretendiendo hacer suyos los dineros de la Laguna de Urao, renta entonces del Estado. Paredes no era nada en el gobierno de Mérida, ejercía a la sazón —1855—la Gobernación Provincial el

ciudadano Pablo M. Celis (1). La necesidad conflictiva porque cruzaba la dignidad de la Provincia pedía el auxilio de una cabeza como la de Paredes y la energía de un brazo como el suyo. Se le llamó a la Jefatura de Cantón y de aquí, en breves horas pasó a ocupar la gobernación provincial. El momento era de vida o muerte para la existencia del honor constitucional de la Provincia y el pueblo supo interpretarlo así: siguiendo las órdenes del nuevo Gobernador, armados todos los ciudadanos con armas más bien de trabajo que de luchas, enfrentáronsele a la fuerza numerosa de Petit, hasta hacerlo prisionero en breves horas de combate. Fué el triunfo del patriotismo y del civismo de Paredes sobre el

(1)—La Constitución de 1830 autorizaba a los Gobernadores de Provincia para establecer el régimen de las fuerzas acantonadas en su jurisdicción y según leyes vigentes en esa época, ninguna fuerza armada podía entrar en territorio provincial sin la correspondiente autorización del Gobierno local. En 1855 el General Natividad Petit, con tropas nacionales, llegó a San Cristóbal, sin que mediase cumplimiento de las formalidades legales. Súpolo el Gobierno de la Provincia y ordenóle la más rápida desocupación del territorio. Petit desobedeció estas órdenes y siguió marcha sobre esta ciudad de Mérida, realizando actos de vandalaje a su paso: saquearon y robaron las poblaciones y en Bailadores llegaron hasta libar en los vasos sagrados de su iglesia. (Datos de Don Tulio Febres Cordero.) Ya en esta ciudad las fuerzas de Petit, el Gobierno siguió reiterándole la orden de desocupar la Provincia, entregando a la vez las armas que portaban, órdenes siempre desatendidas por Petit, quien, informado de existir en poder del Gobierno, veinte mil bolívares de la renta de la Laguna de Urao, pidió su entrega de *mano militar*. En este angustioso estado de cosas fué llevado el Dr. Paredes al Gobierno de la Provincia y

vandalaje de la fuerza militar. El expuso en su condición de simple ciudadano, sus intereses y su vida para hacerse cargo del gobierno y arrasar de ese modo con los que querían ultrajar la dignidad del territorio provincial. Es el sacrificio del repúblico, del patriota, en aras del bién común y de la salud ciudadana. Hombre de la talla enorme de Don Cristóbal Hurtado de Mendoza, en la primera República, Paredes encarna las más altas aspiraciones sociales, los más puros sentimientos del pueblo que lo sigue "lleno de fe y de entusiasmo", conforme a las citadas palabras de Picón Febres. La Justicia y el Derecho, a cuyo estudio dedicó los mejores años de su vida, no fueron para él idealidades especulativas de filósofos y tratadistas. Entidades vivientes, ejes del mundo moral y sociológico, fueron para él sagradas nor-

al frente del pueblo, armado como pudo, atacó la columna de Petit durante los días 10 y 11 de febrero, poniéndolos prisioneros. El eminente trujillano Doctor Ricardo Labastida, en un folleto que no hemos tenido a la vista, historia estos angustiosos días y hace honor a la actitud del Dr. Paredes, al cual se refieren los siguientes versos de Labastida:

E dice el gallardo,
de algún su abolorio
membrando fazañas:
"Juro a vuesarcedes
por este que empuño,
(mostrando el bastón)
que honores e vida
e Constitución,
mañana Domingo
en cobro veredes,
no fuera mi alcurnia,
Fernandez Paredes."

mas de vida y de conducta, a las que hubo de ofrecer todas las energías de su espíritu. Profundo y erudito en Derecho de Gentes y en teoría constitucional, su política fué obra de engrandecimientos ciudadanos, de luchas en pos de la adquisición de los más sagrados fueros políticos, que él quiso siempre para la colectividad a que servía. Política personal fué la suya, mas no fué personalismo por meros intereses propios: sobre el triunfo de su persona, estaba el de su mente y el de sus pulquérrimos sentimientos de patriota. Y vedlo en esta acción a que acabo de referirme: ella sóla basta para consagrar en la vida de la Historia el recuerdo de un hombre con delineamientos máximos. De la masa popular, acaso de las faginas agrícolas a que dedicárase desde 1846, fué traído como Cincinato el romano a ocupar la primera Magistratura provincial, porque había la fé de que él conjuraría el inmenso peligro que amenazaba el honor del pueblo. ¿Se niega? No; nunca sus energías y su carácter encontraban un momento más oportuno que éste para servir con entusiasmo a la causa de los suyos. Lo hace con desinterés, con abnegación ejemplares, y alejada de la ciudad la nube fatídica de la tormenta, vuelto el claror de la paz y la tranqui-

lidad a los ánimos populares, entrega el gobierno que se le confió y se retira a seguir laborando en cosas útiles, en el silencio venerable de su hogar y en el augusto recinto universitario donde aun ejercía el profesorado, pues jamás en sus aspiraciones políticas estuvo la del mando como una necesidad personal y los cargos públicos fuéronle únicamente ocasión de servir a sus conciudadanos. Ulteriormente, cuando ejerció la Presidencia de este Estado, de 1868 a 1870, ya federado, (1) o mejor dicho descentralizado, pues el sentido recto del verbo castellano federarse no concuerda con el que hubo de tener en la revolución venezolana—en-

(1)—En el libro del centenario de Mérida, recopilación hecha de orden del Gobierno, por el señor D. Manuel Vicente Nucete, a la página 275, aparece la lista de los gobernantes de Mérida, y en ella figura el Dr. Paredes como Presidente del Estado de 1868 a 1870, como Gobernador en 1855, en 1858 (abril a junio) y en 1863 (febrero a agosto.) Ejerciendo el Gobierno provisionalmente, durante este último período, fué reducido a prisión, junto con su Secretario y otros ciudadanos notables, de orden del General José Ignacio Pulido, el 18 de agosto, imputándosele una revolución contra el General Falcón, revolución que nunca fué justificada. El Dr. Paredes fué conducido preso a Trujillo "con todo el aparato que se acostumbra para los más insignes criminales", dice una hoja de la época. El Jefe de Operaciones (Pulido), no pudo comprobar la calumnia con que se pretendió denigrar "su bien conocida reputación, su amor al orden y sus deseos de paz y bienandaza", reza la misma hoja, realizando en cambio otros actos de horror en esta ciudad, donde Julián Avelino Arroyo, hubo de hacer derramar más de una lágrima a sus víctimas. Explica estos sucesos la hoja a que hemos hecho referencia, intitulada "A la Nación", firmada por "Muchos merideños", a 11 de noviembre de 1863, y editada en la Imp. de Juan de Dios Picón Grillet.

tonces, digo, pudo probar Paredes que su presencia en el gobierno nunca obedeció a fines personales ni a sed de mando: descontentos, ya que en ninguna época los faltan, enemigos políticos del Dr. Paredes, diéronse a la labor de fraguar planes para derrocar su gobierno y al efecto reuníanse por las esquinas aquí llamadas de "Las Cuatro Tiendas", en sitio oculto al cual dieron el nombre de "Club Liberal", queriendo acaso imitar los de los revolucionarios franceses. Súpolo Paredes y una noche, sin más compañía que su bastón y su capa española, dirigióse al sitio donde estaban sus enemigos. Llama a la puerta y anunciado, mándanle pasar adelante. Con la serenidad propia de su carácter, se introduce hasta el medio de la sala donde minutos antes hablábase con calor de la manera de arrojarlo del poder y sin que mediase ningún saludo, los impreca: "Queréis quitarme el poder, yo lo sé, anheláis la Magistratura que sobre mí pesa; yo respeto vuestras ambiciones, mas decidme, ¿cuál de vosotros es el capaz de reemplazarme para entregarle el bastón de la Magistratura? Decidme, ¿cuál es? pues yo no quiero que vuestras ambiciones vayan a hacer derramar una gota de sangre merideña." Sólo esas austeras palabras, propias en labios de un repúblico de la talla de Paredes, bastaron

para abortar todo proyecto revolucionario, y sus enemigos, absortos ante la virtud ciudadana del Presidente que querían derrocar, acompañáronle en cuerpo hasta las puertas de su meritísimo hogar y fueron pacíficos amigos del gobierno que antes odiaran. Cualquiera en Mérida conoce esta historia, expresiva de suyo del carácter de este prócer del civismo. Ella de por sí es una alta lección de moral política y de austeridad republicana; no el "yo tampoco quiero mando", ridículo y cobarde de Emparam, el sincero desprendimiento de Paredes—hombre de valor y de carácter elevados—demuestra a cabalidad que en el sabio profesor de Derecho Político de esta Universidad, bullía un alma de grandes lineamientos cívicos. Sabio en Historia, hermanado con la lectura de los hechos de los grandes varones de otras edades, acaso aprendiera en Esparta y en Roma repúblicas, las normas que deben guiar a los Magistrados: en otros este aprendizaje fuera estéril, pero herencia de héroes y patriotas corría por sus venas, a la cual era lógico que sirviese de abono esa enseñanza grandiosa. (1)

(1)—Comprobante de esta buena fe que siempre acompañó al Dr. Paredes en el ejercicio de la Magistratura, es el siguiente párrafo de su proclama de 17 de noviembre de 1868, al hacerse cargo del Gobierno, durante el período a que hemos hecho referencia: "Pero las circunstancias son siempre difíciles y yo no he po-

Os diré también, señores, de otro rasgo del Dr. Paredes, que como los anteriores prueba a saciedad el alto concepto del derecho y del deber que animaba su espíritu. Consolidado el triunfo liberal y existente ya la autonomía de los Estados, regía los destinos de éste el General Domingo Trejo, el año de 1866. Llamó Trejo a la Secretaría de su Gobierno al Dr. Paredes: éste en cambio hubo de ofrecerle el alto valor de su tino político y el prestigio de su nombre. Temeroso el Presidente de algún movimiento contra su gobierno, solicitó la venida a este Estado de parque y de un cuerpo de ejército acantonado en Barquisimeto, lo cual hizo sin oir la opinión de su Secretario el Dr. Paredes, y cosa que, dada la paz que disfrutaba el Estado, dañaba su autonomía y su vida constitucional. Conociendo Paredes la venida de las fuerzas, cuando éstas estaban en Mucuchíes, dice a

---

dido negar mi cooperación: porque mi alma se abre de nuevo a la esperanza: porque ese nombramiento no fué solicitado por mí: porque el pueblo quiere de veras se le muestre el camino del honor y de la libertad, ya olvidado: porque la revolución regeneradora y la Asamblea en su noble propósito, no deben encontrar estorbos ni ciudadanos indiferentes: porque creo contar con el apoyo de mis conciudadanos que siempre me han dado pruebas de confianza: porque amo de todo corazón este suelo en que nací y en que mi espíritu se iluminó con las primeras nociones de la verdad y la justicia; y en fin: porque soy venezolano y quiero tomar parte en las glorias de Venezuela así como he llorado sus desgracias."—Mérida.—Imp. de Juan de Dios Picón Grillet.—Calle de la Igualdad.—1868.

Trejo ordene su regreso, mas éste no lo acata. ¿Qué hizo Paredes? Renuncia la Secretaría de Estado y sublevándose contra el Gobierno que violaba la letra del Pacto Federal, toma las riendas del Poder y ordena al ejército que se acercaba a Mucurubá la más rápida desocupación del territorio de Mérida. La lucha se emprende, Trejo se une a la tropa llamada de Barquisimeto y la presencia del Dr. Paredes en el Gobierno del Estado fué una simple ilusión del momento, pues la Presidencia la ocupó en seguida el Vicepresidente General Avelino Briceño, pero queda en la historia del civismo regional como un símbolo de máximas virtudes patrióticas y republicanas, virtudes que rara vez se reunen de un modo tan enérgico y fecundo como en el espíritu recto del Dr. Eloy Paredes.

Señores:

Os he hablado hasta ahora de cómo descolló Paredes en la esfera política de la Provincia y de sus sacrificios por el bienestar social de Mérida. Hay un radio donde su acción será más amplia, donde el político, el tribuno y el jurisconsulto sobresaldrán un tanto más: el Congreso Nacional. Al Congreso han ido siempre muchos hombres mediocres, muchos hombres ceros, pero éstos pasan como toda caravana, sin hacer nada, sin dejar el más débil recuer-

do de que hubiesen siquiera pasado. Pero cuantos hombres de valor han ido hasta él, han sabido dejar en cambio la huella de su talento y de su patriotismo. Varias veces fué al Congreso el Dr. Paredes, pero entre éstas vale la pena recordar su presencia como Diputado por Mérida a la Gran Convención Nacional reunida en Valencia el 58, después de derrocado el régimen siniestro de Monagas. Como la de los primeros hombres de la República allí presentes, la actitud de Paredes, fué de las más decididas y enérgicas, y en medio al temor que a algunos infundiera la vecindad de la flota inglesa, venida en auxilio de Monagas, pretextando dar cumplimiento a un protocolo que ante los ojos del derecho ningún cumplimiento merecía de parte de Venezuela; en medio de ese temor, Paredes está con las barras que piden venganza contra el tirano derrocado, y cuando el Presidente de la Convención falta a sus sesiones temiendo sancionar el acuerdo que degradaba a Monagas, declarándolo a la vez reo de lesa patria, Paredes, como Vicepresidente, no titubea en firmarlo, y esa firma honra su memoria de repúblico. En esos Congresos a que asistiera hubo de oir Cecilio Acosta el torrente tribunicio de su palabra, hubo de oirla para después decir: "La elocuencia del Doctor Paredes

era como la de Guizot: grave pero sin severidad; amena pero sin falsos adornos; y las flores que llevaban no eran nunca las de la oratoria, sino las que producía el pensamiento mismo. No tomaba las cuestiones por el lado de la lucha, sino por el lado de la patria... No buscaba agradar sino convencer, y creía haberlo hecho todo, cuando bajaba de la tribuna, después de haber dejado una convicción formada o un principio establecido." (1)

Esas sus grandes virtudes de hombre público lleváronle a que sus colegas de Convención, en el 58 a que me he referido, se fijaran en él para Candidato a la Presidencia Provisional de la República. Callan esta candidatura Gil Fortoul y González Guinán, pero es lo cierto, y ello lo dice la tradición histórica, acaso más fiel que muchos de nuestros apasionados historiadores, que el 5 de enero del 59, fecha en que se efectuó la elección de Presidente, en sesión de las 12 de la noche, los enemigos de Paredes, partidarios de Julián Castro, valiéronse de sucio ardid de comadres para imposibilitar a sus contrarios. Paredes no fué electo, de haberlo sido sabe Dios qué suerte hubiese tenido la República, pero su prestigio no fué del momento, y diez y seis años más

(1)—Cecilio Acosta, Op. cit.

tarde, Margarita, tierra que nunca pisó Paredes, pero hasta donde llegó la fama de su nombre, lo presentó a la República como Candidato a la Primera Magistratura Nacional.

Un día cualquiera—el 8 de abril de 1880—cayó para siempre. Se alejó súbitamente de la vida, sin que la más leve hoja del camino hubiese manchado la albura apostólica de su túnica. Su cerebro se hundió en la nada irremediable, su labio tribunicio, de donde salió muchas veces el latigazo para el tirano, quedó cárdeno e inmóvil y si al bajarlo al corazón insaciable de la tierra, cualquiera—como lo hizo él años atrás con el cadáver del Dr. Agustín Chipía—lo hubiese gritado mil veces, mil veces el silencio habría respondido a su voz angustiada. Mas algo del individuo no muere con él. En el mundo no perecen sino los anónimos y cuando en el oleaje perpetúo del vivir el hombre consigue para sí un nombre, este nombre habrá de salvarlo del hambre insaciable de la tumba. A su muerte, don José Vicente Nucete escribió: "Cuando la posteridad abra los anales de Mérida, hallará páginas luminosas en que todo es gloria; y el foco, Paredes" (1) No mentía Nucete, que algo como magnífico luminar ha sido el

(1)—Artículos Necrológicos ya citados.

recuerdo del Dr. Paredes para esta su sociedad natal. Su nombre le ha sobrevivido y hoy está de nuevo entre nosotros, no en la humana carne, suerte imposible de Lázaros, sino en el mármol hecho alma, en el mármol que es para los grandes hombres el supremo consuelo de inmortalidad, ante la infinita amargura de la vida, estéril y ardua. En los claustros de esta ilustre y desgraciada Universidad andina regó la miel de su ciencia, su boca fué como oráculo de sabiduría para innúmeros alumnos y hoy vuelve a ella, activamente como antes, a enseñar a estas nuevas generaciones que se levantan. La taciturnidad del mármol no habrá de impedir que él ocupe de nuevo su sitio de enseñanza, desde la inmovilidad de piedra en que hoy vive, sabrá decirle a las generaciones que se paseen por estos amplios corredores, muchas cosas útiles: de cómo es grande el hombre cuando dedica su existencia a la ciencia, al honor, a la Patria y a sus conciudadanos.

Mérida de los Caballeros, por mayo de 1920.

LÍMITES A LA LIBERTAD DE LA PRENSA

De un discurso pronunciado en un Centro Católico.

LIMITES A LA LIBERTAD DE LA PRENSA

Las masas son abrumadas y despedazadas absolutamente por el poder irresistible de la prensa cuotidiana, y hasta los entendimientos más cultos no conocen bastante el modo de defenderse.—A. GRATRY.—*"Los Sofistas y la crítica."*

Señores:

Un año cumple hoy este bien intencionado Centro y nada mejor para conmemorar su primer aniversario que esta bella idea que nos toca en suerte llevar a feliz término por vez primera en Venezuela: hacer la fiesta de la Buena Prensa, festival que es en sí una enseñanza y un estímulo, pues en la vida y en el desarrollo de las sociedades nada obra tan directamente como la

palabra que se expone y es lanzada al público desde las columnas de un periódico.

Alguien hubo de calificar la Prensa como el cuarto poder de las democracias, tal es su trascendencia y su valor social. Yo creo mucho en esto del poder de la Prensa, yo creo que más que simple derecho político este de exponer ideas y conceptos al público, el periódico representa una gran actividad mental que obra como fuerza sociológica en el desarrollo de los pueblos, porque es la hoja ágil de papel que va de mano en mano, quien lleva hasta el alma de las multitudes la idea directriz que habrá de transformarlas ventajosamente, porque factor interno de evolución en las sociedades, son las ideas quienes más obran, aunque lentamente, en la formación del alma colectiva. Terreno en preparación, las sociedades necesitan de riego y de cultivo, y éstos le van con la obra del tiempo, entre otras formas, representados por ideas que, infiltrándose a través de generaciones en la conciencia popular, llegan a convertirse en convicciones y en dogmas sociales que exponen toda una psiquis nacional o local. No corresponde al programa de nuestra exposición el estudio de las ideas como medios de renovación y de creación en el proceso histórico de las agrupaciones

humanas, a pesar de que sobre ellas y sobre su entidad y trascendencia se base el valor de la prensa que las hace suyas. Dejando a un lado el valor específico de los principios que ésta propague—valor casi inseperable de ella misma—habremos de considerar la prensa bajo su aspecto político-social, bajo su radio moral-ideológico.

Señores:

Hablara algún tratadista de Derecho Constitucional como dijimos antes, de que la Prensa es el cuarto poder en las democracias y necesario es saber hasta dónde puede llegar esta potestad y bajo qué colorido pudiera representársele. Nuestro gran Padre y Legislador Simón Bolívar, cuando en Angostura echó las bases de la Gran Colombia, concibió el hermoso e irrealizable proyecto del Poder Moral, que él no materializó en la prensa, la cual hubo de someter en cambio a la censura de su Areópago, estableciendo al efecto que esta censura fuese *posterior* a la publicación de la obra o papel (1). Aparece un poco extraña esta censura *posterior* que el Libertador quiso permitir al Areópago, pues carece de eficacia para la consolidación de la moralidad y austeridad na-

(1)—Proyecto de Ley sobre Poder Moral.—Sección 2. Artículo 5.

cionales. Mas Bolívar, legislador de molde ático, soportaba a la vez sobre sí la enorme influencia de los Revolucionarios del 93 y el eclecticismo político del Héroe caraqueño hubo de llevarlo a querer fraternizar en un mismo artículo legislativo, acá en el seno de estas sociedades sin color, a no ser el rojo de la sangre, los más opuestos principios políticos; y así como quiso en Angostura crear para la prensa censura y restricción, evocando acaso el derecho francés prerrevolucionario, sin dañar los derechos individuales surgidos a vida política de la charca del 89, en la Constitución Boliviana hace convivir los más puros principios democráticos y la púrpura real. Yo creo que de no ser tan fuerte en el Libertador la influencia filosófica de los Enciclopedistas y de no haber creído tánto en la legitimidad de los derechos declarados por los representantes del pueblo francés en el 93, el artículo 5 de la Sección 2 de su Proyecto de Ley sobre Poder Moral, hubiera, para robustecer a éste, permitido acaso la censura previa o establecido, como es lógico, el régimen de patentes periodísticas como en el Derecho Francés anterior a la Revolución, tal vez la forma más perfecta para conciliar el interés social con los derechos individuales al tratarse de cosa tan trascendente co-

mo la esfera de acción de la Prensa; porque no son los principios que nuestro tratadista Gil Fortoul expone en su Filosofía Constitucional los que pueden regir la libertad del pensamiento expresado de palabra o por la prensa, demarcando su campo de actividad social. Dice nuestro eminente compatricio: "Las críticas acerbas a las instituciones políticas y sociales; las protestas enérgicas contra el orden de cosas existentes y los juicios APASIONADOS (?) sobre los actos de los funcionarios públicos—todo lo cual da origen habitualmente a calificaciones de delitos—no son más que el ejercicio del derecho inviolable que todo individuo conserva para juzgar como le place la conducta de quienes son simples mandatarios suyos y para procurar corregir lo que considera como imperfecciones sociales y políticas" (1). Conceptos estos que él singulariza a la palabra hablada y que deja en pie al referirse a la Prensa y que permiten ver que el sesudo político venezolano, con treinta años menos que ahora, sufriera una exaltación libertaria al escribir de ese modo tan absoluto, llegando hasta legitimar pasiones individuales; parece sí, porque tamaña libertad acordada a

(1)—José Gil Fortoul.—Filosofía Constitucional.—París, 1890.

cualquier ciudadano llegaría a despojar consecuencialmente a la prensa de la serenidad de criterio, austeridad, sentido crítico, veracidad y respeto que le son necesarios para encarnar en sí un poder moral y dirigente, llevándola en consecuencia a los precipicios de la más lamentable licencia, que hace de ella instrumento de las más bajas y mezquinas pasiones.

Agrega el mismo constitucionalista en las páginas citadas que "la sociedad no tiene medios coercitivos (contra la prensa) porque ella no es más que el conjunto de los individuos y como tal su desarrollo es resultante de las energías, aspiraciones y pensamientos individuales." Aquí disgregaremos un poco procurando aclarar un concepto que equivoca Gil Fortoul. Dice éste en las frases anteriores que la sociedad no es sino el conjunto de sus individuos y que su desarrollo es resultante de sus energías y aspiraciones de sus elementos primarios. Lamentablemente confunde en uno dos conceptos diferentes nuestro ilustre compatriota al expresarse de ese modo. Examinando Giddings los factores del proceso social físico, dice que "los fenómenos sociales dependen de la transformación y de la equivalencia de las energías físicas" y que "la cantidad y la intensidad de la actividad están proporcionadas a la

energía prestada al medio por el cuerpo social" (1), concepto materialista que nosotros en un trabajo reciente acogimos para decir que la fuerza físico social depende en sí de la suma metódica de las fuerzas aisladas de sus elementos primarios; mas no es del examen de sus fuerzas físicas de donde deduce Gil Fortoul la aseveración de que la sociedad en su desarrollo no es más que el conjunto de sus elementos primarios. Tratándose de un concepto físico-social, repetimos, la aseveración es fiel, mas el autor no se refiere a ello, sino que dice que la sociedad carece de medios coercitivos para impedir la conducta licenciosa de la prensa, porque ella no es más que el conjunto de sus individuos. Esto no es exacto en el campo a que él se refiere, ya que viene tratando de conceptos y de ideas, porque como dice Rosi, "la psiquis colectiva no es una simple confusión de las individuales ni una suma; sino un producto nuevo, que en las formas más simples es una suma, y en las más complejas una multiplicación o una elisión; una mixtión o una combinación" (2). Bajo esta apreciación de psicología social no puede negarse a la sociedad un alma nueva, diferente de las particulares, como lo quiere nuestro consti-

(1)—Franklin Giddings.—Elementos de Sociología.
(2)—Pascual Rosi.—Sociología y Psicología Colectiva.

tucionalista, para negarle poder coercitivo en tales casos, dejando apenas al Magistrado agraviado el remedio de defenderse por la prensa, corregirse o renunciar el cargo; mas lejos de esto nuestro Código Penal en sus artículos 146 y siguientes, establece medios coercitivos *posteriores*, contra quienes irrespeten a los Magistrados, único remedio este, con el derecho de enjuiciar a los que ofendieren o calumniaren, que da a los perjudicados la misma Constitución que garantiza la prensa libérrima.

Mas la posterioridad de estas simplísimas vallas no es lo que pondrá freno a la licencia a que es fácil llegar bajo el régimen de la absoluta libertad de la prensa. Algo más perjudicial publican los periódicos que injurias e irrespetuosidades, algo que sin ser diatriba ni calumnia ofende más a la sociedad, haciéndole grandes males en el orden moral y en su formación mental, y que sólo puede remediarse creando trabas a esa misma libertad constitucional, estableciendo un régimen legal que no permita a todos las alturas del periódico, estatuyendo el periodismo profesional, de escuela, que aunado a selectas condiciones personales, garantice la honorabilidad apostólica de la prensa, para que ésta funcione fecundamente en el seno del cuerpo social.

Señores:

Poder Moral, la Prensa sí lo encierra y representa. Ella es en las colectividades la palabra que guía y el índice que marca el grado de una evolución, pero de ese modo, cuando no está en manos de cualquiera que manche cuartillas y que quiera expresar lo que bien piense. Surge sí, el conflicto entre la libertad consagrada por todas las Constituciones democráticas y el interés social, que pide la selección de la prensa, que quiere una barrera contra el correr continuo de ideas odiosas y de pseudo-ideas inútiles. Felizmente carecemos nosotros de prensa tumultuosa y de litigio; como un recuerdo apenas vive la época tormentosa de "El Heraldo" de nuestro gigantesco Juan Vicente González, pero muy claro hemos tenido el ejemplo de la prensa destrozándose entre sí, y oído hemos la voz de periodistas licenciosos destruyendo a diario reputaciones sin cuento, y ello no es sino la expresión muy clara del famoso principio democrático de la libertad absoluta del pensamiento, principios que si en Filosofía abstracta es posible, porque en el terreno de las abstracciones no hay diferencia entre los hombres, llevado a una experiencia positiva, sobre todo en estas nuestras democracias tumultuosas y sin prepara-

ción, aparece revestido de una eficacia contraria.

La libertad del pensamiento, en su forma política, como todas las demás libertades individuales, es hija de la Filosofía del siglo XVIII, que tanto ataca Gustavo Le Bon (1), y ellas han sido la base para la constitución de todas las grandes democracias modernas, que las garantizan de una manera absoluta, hasta querer sacrificar el interés social en aras de ellas, llegándose hasta desconocer principios de la misma Constitución, para garantir derechos individuales en contra del interés colectivo. Pero sobre todo lo que digan los más exaltados defensores de los absolutos derechos del hombre y del ciudadano—derechos que nosotros no queremos desconocer—existe el principio político, descolorido por lo usado, que nos dice: *salus populi suprema lex esto,* el cual han aplicado singularizándolo, en defensa del individuo contra el Estado, pero que nosotros invocamos contra aquél, en pro de los derechos colectivos, ya que la colectividad, como lo vimos, tiene alma propia e intereses propios, que no son el resumen de los individuales sino distintos a ellos y que le dan voz para invocar derechos, a veces en contraposición con los de sus ele-

(1)—Gustavo Le Bon.—Lois Psicologiques de Evolution de peuples.

mentos primarios, los cuales al revés del decir de Gil Fortoul, pueden ser coartados en obsequio de la "salus populi", como en este asunto tan delicado de que venimos tratando.

Dos puntos vulnerables tiene además la libertad absoluta de la prensa: primero: que todas las cosas no deben decirse, y segundo: que todos los ciudadanos no son aptos para decir cosas al público. El primer punto, que no es posible examinar en concepto particular, por la imposibilidad de enumerar las cosas que requieren silencio, aun pudiéramos llevarlo más lejos: es humano, noble, cristiano, que se echen en olvido y se silencien hechos reprochables de otro, mientras es detestable y odioso arrojar en el calor de una discusión o en el desahogo de una pasión, lodo e ignominia sobre inocencias de oro, a pesar del descabello con que en el 47 hablara en Caracas el director del periódico liberal "El Republicano", diciendo que "aunque los insultos y calumnias irriten, no extravían la opinión, sino que le iluminan el camino." Bajo el segundo punto de apreciación la materia nos resulta más diáfana y más fácil de conceptuarse. Poder moral y dirigente, la prensa necesita estar en manos selectas, manos escogidas por algún medio, que a su frente haya personas aptas para llevar hasta la

conciencia colectiva semilla de ideas que al fructificar encaucen la muchedumbre por vías de perfeccionamiento y de grandeza, personas como las soñadas por Bolívar para el Areópago de su concepción del Orinoco y como los Censores de la Constitución de Bolivia, capaces de representar la justicia y la moral de la colectividad en que actúen. ¿En nuestra democracia es esto general? Desgraciadamente no. Nuestro estado de formación social, la violencia de nuestro carácter nacional, nuestro espíritu de tumulto, despoja a una enorme mayoría de la conciencia de sus propios derechos y reduce la clase que pudiera ser la dirigente a un número escaso, asaz escaso, y es ésta la que en todo caso debe ejercer lo que llamaremos, imitando al eminente sociólogo Vallenilla Lanz, "Cesarismo periodístico." La tribuna de la prensa debe estar vedada a muchos. Con ello no queremos nosotros renegar en absoluto de convicciones democráticas que encarnan nuestra alma colectiva, nosotros queremos que exista libertad para la prensa y el pensamiento, pero en cambio el ejercicio de esta libertad debe tener su economía, economía que no sea una censura ni una intromisión oficial, como en el régimen inaugurado en Francia en 1881, sino una barrera previa, la creación de patentes periodís-

ticas, que vengan a impedir la circulación de prensa perjudicial por lo inútil y malsana.

Señores:

Hemos visto que la Prensa está llamada a ejercer una triple misión en la sociedad: culturar, vindicar y señalar el coeficiente del valor social. Casi con las mismas palabras de Víctor Hugo al definir la Historia, podemos decir de ella que es espejo donde el pueblo ve lo que es y lo que debe ser. Es la escuela de la colectividad y el Tribunal de su justicia inflexible. Como escuela, como cátedra perenne de enseñanzas nuevas, su misión es poderosa en el orden de los factores sociológicos y aquí la importancia de su constitución propia, de su estructura específica de ideas, juega el papel más trascendente: que ella sea capaz a todo trance de cumplir a cabalidad su cometido, que instruya al pueblo en la exposición de ideas y de conceptos edificantes, que sea motivo de regeneración y de creación tanto en el orden intelectual como en el moral, que sea ideológica y doctrinaria, no bufa e inútil, que no sea la prensa frívola de crónicas y chascarrillos que tanto abunda en Venezuela, prensa que no es prensa ni un remedo suyo, papeles inútiles que llenan nuestras calles y que sólo dejan al leerse

la más profunda tristeza, porque nada dicen ni nada enseñan. Trabajemos por ella y así haremos el bién del pueblo y de la Patria, que tánto necesita del abnegado esfuerzo de sus hombres, y mientras exista esa amplia libertad de publicar que garantiza nuestra constitución, que esta libertad no vaya jamás en nuestro perjuicio abusando de ella, y contra sus abusos formemos la Buena Prensa que, sana y conceptuosa, salve las licencias a que puede llevar a otros la democracia de nuestro régimen periodístico. Que sea ella fuerte y capaz de dirigir e instruir la masa popular. Esa prensa así, atalaya de la ciencia, la verdad y la justicia, que sea nuestra norma de labor en pro de la comunidad, que nada gana con tanto periódico que nada enseña. Y es esa prensa, noble y altruista, ayuna de pasiones y mentiras, la que hemos venido a festejar hoy en este místico recinto donde viven la piedad y el amor y la ciencia, y quiera la suerte que esta idea, que ha recibido calor acá en el rincón de la montaña, bajo la suave sugestión de nuestros perpetuos hielos, cunda en otras ciudades venezolanas, para que así el triunfo de la Buena Prensa sea presto y efectivo.

Mérida de los Caballeros, por noviembre de 1920.

DISCURSO DE MANTENEDOR

Segundos Juegos Florales de Valera.
Febrero de 1921.

DISCURSO DE MANTENEDOR

Señora:

Señores:

Quiero que sobre la obscuridad de mi palabra se derrame la luminosa suavidad de una historia fantástica que vengo a evocar ante vosotros, para que sea ella en esta dilecta ocasión, suerte de estrella milagrera que guíe mi pensamiento en medio de los amplios senderos por donde habrá de peregrinar en la búsqueda de ideas propicias que paguen acaso el regalo que se me hiciera amablemente, trayéndome a este sitio, cumbre muy elevada para la pobreza de mi esfuerzo.

Trátase de un pobre loco ideado por la fantasía del novelador americano Elías Lieberman, de un mozo loco de locura divina, hija legítima de la de Nuestro Señor Don Quijote. Era un mal suave, inofensivo, artístico el que minara al joven historiado; decíase la encarnación del gran poeta inglés John Keats, y repitiendo sus versos adorables, iba por las populosas calles newyorkinas regalando rosas a las personas que encontraba a su paso y que él creía desgraciadas.

Locura acaso simple y sin color que hiciérale decir a cualquier anónima obrerilla: "A pesar de la sonrisa que brilla en su rostro, es usted infeliz. Está usted consumida por el ansia de algo, lo mismo que me pasa a mí. Sírvase aceptar esta rosa," pues era en su concepto la rosa la medicina ideal que curaría aquella alma triste del ansia profunda que él creía la enfermaba, y cuando la obrerilla había recibido en sus manos cansadas el amable regalo, el más amable que hallarse puede, según la expresión del persa Abon Ihsak, el pobre loco exclamaba creyéndose John Keats:

¡Belleza, fuente perenne de alegría!

Quizá desde su obscura torre interior de enagenado él vió en un breve minuto de claridad, que esa gran pesadum-

bre que a veces agobia a hombres y pueblos pudiérase curar con un poco de belleza y su artística locura convirtiéndole en galeno del espíritu, díjole ser las rosas, frágil carne de ángeles, la droga misteriosa propia para realizar el mágico conjuro renovador en el fondo preñado de penumbra de los espíritus tediosos.

Y era una gran verdad, señores, la que evangelizaba el loco de Lieberman. En hombres y en pueblos ha sido siempre el culto a la Belleza fresco manantial de alegría, odre primorosa capaz de saciar la sed de los espíritus más áridos y más ensombrecidos, luz de milagro vencedora de las noches más trágicas, cruz de redención donde las almas más necesitadas pueden purificarse y surgir a merced suya, claras, diáfanas, resplandecientes... Fué por virtud de aquella su sonora alegría, sucedánea del culto religioso que ofreció a la Belleza Inmaculada, como se destacó Grecia con perfiles propios, de brillo inimitable, en la Historia de la antigüedad. Fué su alegría quien la llevó a crear en el mármol y en el verso obras magnas que aun deslumbran las más atrevidas fantasías, porque Grecia ha sido en esto el pueblo que mejor hubo de comprender la poderosa virtud que en el espíritu se desarrolla cuando es esclavo de la Belleza Omnipotente,

lo cual Dumas supo expresar a maravilla en breves palabras, al decir que entre los griegos el hombre se hacía divino cuando era bello. Y esa su alianza con la divinidad fué motivo para que aquel pueblo heroico y victorioso, crease a la vez para sí la belleza pagana, la cual, conforme a los principios de su Filosofía, que no vió la perfección en la amplitud y el movimiento, sino en la estrecha inercia de las líneas, hubo de encerrar en moldes de inmutable formalismo que la hicieron más pura y más sencilla, llegando a ser tal belleza bajo la limpidez de su cielo ensoñador, símbolo religioso que al consustanciarse con el alma griega se hiciera nacional, hasta poder servir de empresa de su escudo si acaso tuviese una forma única y sintética.

Cuando se quiere definir el carácter de los hombres y el carácter de los pueblos, basta en veces un sólo detalle, tal vez muy simple, para poderse sobre él fijar irevocablemente y de una manera precisa sus líneas integrales. Así señores, la fisonomía general del pueblo heleno pudiéramos conocerla, caso de ignorar su historia, por un hecho aislado, solitario, que expresa con sobra de elocuencia cómo la Belleza constituyó para él una devoción y un culto colocados por sobre todas las leyes humanas, culto obligatorio sin sanción

legal cuyo cumplimiento pedíalo el alma griega, esclava impenitente de lo Bello.... Friné de Thespies, la bella cortesana poseedora de rentas capaces para reconstruir las murallas de Tebas, la que más tarde servirá de modelo al divino Apeles para que éste dibuje sobre el lienzo el milagro subyugante de la *Venus Anadiámene* y al mago Praxiteles, que llegó a eternizar para el templo délfico la maravilla de sus líneas en gloriosa labor orificia, Friné de Thespies está ante los jueces de la ciudad acusada de horrible crimen de impiedad. Nada en la causa está a favor suyo y hasta la oración de su abogado, el célebre Hipérides, flaquea ante el tamaño del delito realizado por la bella cortesana; todo está perdido y la justicia inflexible de los dioses al expresarse por boca de los magistrados populares caerá pesadamente sobre la sin par cabeza que eternizarán después el oro y el color. Mas un rayo de luz alumbra el ágil pensamiento del célebre orador de la defensa; algo supremo, algo que es sagrado aun para el corazón acerado de los jueces, salvará la mujer criminal: rásgale su clámide de seda y pedrería y ante los ojos espantados aparece la bella desnudez de la indiciada. (Apeles la verá tiempo más tarde surgir de igual manera de entre las ri-

zadas ondas marinas en Eulesis y creará su lienzo inmortal.) ¿Qué hacen los jueces?... Absolverla, porque en Grecia la justicia poco vale si está en pugna con lo bello, porque en aquel pueblo de martelados la belleza tiene leyes propias que se hacen respetar por obra y gracia del imperio soberano de que goza sobre el corazón y sobre el alma de los hombres.

Fiesta hubo entonces en Helenia: su alegría debió escucharse como el loco repicar de mil campanas de oro y el gárrulo bullicio de su risa acaso sonara bajo la euritmia de su cielo como música impautable de ríos y de cascadas, pues tal día el pueblo vió salvarse del filo inexorable de la espada de Themis, al sortilegio todopoderoso de Nuestra Señora la Belleza, una de sus más claras "fuentes de alegría", fiesta, sí, ya que aquellos eternos enamorados del Ideal en la plástica forma de la línea, también exclamaron en presencia de sus ídolos—estatuas y mujeres y versos y siringas, donde saciaban su sed como en cántaros venustos de leticia—la verdad que en el alado ritmo de un verso supo encerrar John Keats:

¡Belleza, fuente perenne de alegría!

Y fué, señores, que el heleno lejos de hundirse en silenciosos éxtasis como su hermano el ario de la India misteriosa,

cantó embrujado por la sonora alegría que la Belleza trajera a su espíritu, porque sonora fué la alegría que animó a toda Grecia: sonora como el reir de una enamorada quinceañera fué la voz jubilosa que anunció en el concierto de los pueblos la existencia de aquella tierra divina donde parecía reunirse toda la sal del mundo y cuya vida semejaba la continuidad de una fiesta coral; sonora su voz como los áureos gorgoriteos del ruiseñor que en la enramada alaba a Dios cantando las glorias del sol y cuando la conquista sacrílega posó sobre aquella tierra sagrada de semidioses la planta que anunciaba la hora de la servidumbre y del tributo, cuando sobre la clareza de su ánima fecunda perfiló su trágica sombra de dolor el ala de Anankée, sonoro fué su canto, sonoro y lúgubre, como la arcana voz del cisne que siente cerca la negrura irremediable de la muerte.

Señores:

Ahora el escenario está lleno de sombras. Quince siglos hace que la libertad griega pasó a ser rehén del conquistador romano; decayeron sus artes y aun su espíritu; los dioses paganos protectores de aquel supremo ideal de Belleza, huyeron después espantados ante el milagro de la Cruz, y a la hora

fatal de su caída, Grecia en agonía aun pudo contemplar cómo los soldados de la victoria hacían suyos sus tesoros inmortales para regarlos como puñado fecundo de semillas a todos los vientos del Orbe. Hoy estamos en plena Edad Media y es el siglo XIII. En esta época confusa, llena de misterio, el pensamiento y la espada y el espíritu trabajan como nunca envueltos en espesas tinieblas y en conventual silencio; vientre del mundo político y mental, en esta época parece que se chocan todas las pretéritas conquistas de los hombres, para de ella surgir la obra grandiosa de la edad moderna, *l' angelica farfalla che vola a la justizia,* como dijera el Dante. Pero rompamos, señores "la puerta de bronce que de este período nos aísla y a la luz de una lámpara mortecina ya por el transcurso de los siglos" penetremos en él con firme paso. Esta época amó también la Belleza, no en su forma pagana, que ya en derrota huyeron los dioses helenos y la Cruz de amores sentó inmenso poderío en el mundo, siendo bajo la misericordia de sus brazos donde habremos de buscar hoy la cisterna de las grandes alegrías humanas. En Grecia fué el triunfo de la forma, la perfección externa de los cuerpos, el nido donde durmiera la Belleza. en esta época nueva, enorme y complicada, apare-

ce un elemento superior que desconocieron los helenos, aparece el alma casi visible a los mortales ojos y es en élla donde sienta sus reales la belleza poderosa. Y ya no es negra la Edad Media, mentimos antes al decirlo así, llénanla de claridad divina millares de almas bellas que buscan el cielo por escaleras de cruces, ellas hacen blanco el camino por donde van peregrinando y en medio de la sombra general son como mariposas de luz, como brillantes margaritas de amor que claridecen la negra noche que lo envuelve todo. Otro es hoy también el Ideal. Alas tiene el alma y quiere prepararse para la última jornada que va hasta el foco de la Suma Belleza y la alegría no está ahora en el placer voluptuoso sino en el castigo de la carne; que la sangre llueva sobre la Cruz para que de ella surjan a su riego los lirios del premio, esto quiere el nuevo Ideal y en ello hay también perfecta alegría.

En un hombre, señores, en un hombre pequeño y flaco, demacrado y consumido por torturantes penitencias, parece resumirse por completo la esencia de este siglo: toda la belleza y toda la alegría y toda la dulzura de su época están como contenidas en el corazón y en el espíritu de Francisco de Asís. Grande por el amor y grande por el dolor, este pobre fraile que celebró con

goce divino desposorios con la pálida Pobreza sobre misérrimo tálamo de tierra, tiene el alma más pura y más clara que soñarse puede en un discípulo del Cristo. Va él cantando amores por doquiera, duerme en un zarzal y éste ya no lazra con sus uñas de crueldad, sino que en cambio florece con rosas celestes; habla al río, y al viento, y al lobo y la enramada y es el hermano fiel de los que sufren; su licor son las lágrimas que saben embriagar su alma adormecida; el más gustoso manjar las sobras de los ricos y la almohada de descanso la fría piedra del penitente. Llora, gusta amargosas lacerias, ambula por vías llenas de fraguras que hacen derramar claveles de sangre a sus finos pies desnudos y magüer todo esto suceda cuotidianamente, llena está su alma de la más dulce alegría, con la cual canta, suerte de alondra celeste, las glorias del Supremo Artífice manifestadas aún en las cosas más pequeñas y humildes y dolorosas: en el agua, en el fuego, en la tierra y en la muerte, a quienes llama con humílimo amor de visionario, la hermana agua, el hermano fuego, la hermana tierra y nuestra hermana la muerte corporal! ¿Poeta? Su *Canto al Sol, Amor de Caridad* y las *Florecillas,* son como rosarios de devoción fabricados con gotas de miel por manos de ángeles;

en ellos su corazón derretido de amor deja que se deslice la fuente de alegría que su penitencia ha hecho nacer en las rútilas profundidades de su espíritu, cuando en ellas, transmigrando a seráficas regiones, su alma contemplara la Suma Belleza, vedada a pupilas mortales. Y si sonora fué la alegría de griegos al bañarse en las plasticidades de su pagana Belleza, silenciosa fué la alegría de los místicos medioevales al ver con los ojos del ánima las celestes verdades y el brillo deslumbrante de su Belleza Suprema, silenciosa como esta risa infantil que embruja el alma del Serafín de Asís, silenciosa como los éxtasis que aturden la mente poderosa de Teresa de Jesús y que ponen chorro de preciosa joyería en la pluma impecable de los Luises y los Juanes!

Sonora una y silenciosa otra ¿quítale esto la unidad a la Belleza que es motivo de ambas? No, que no cambian de espíritu los vinos por beberse en copas desiguales. Quiso el griego conformar su concepto de lo bello a la inercia de la forma y al placer de los sentidos, y buscó ánforas extrañas cinceladas con mano de lujuria para escanciarla en ellas; los místicos edadmedianos hallaron la Belleza en sí misma y la sorbieron en el hueco de manos querubinas y vasos lujuriosos y manos de

Querub, persiguieron a una, como lo quiere el loco de Lieberman, la Belleza, como *fuente perenne de alegría!*

Escala de luz, señores, ha sido lo Bello en estas épocas opuestas de la Historia. Durante ellas a su conjuro omnipotente, los hombres se han alzado llenos de júbilo infinito, hasta la misma Divinidad: son como cumbres cristalinas destacadas en la prominencia de la vida del mundo, en las cuales colúmbranse como míticas soflamas de victoria y símbolos de la grande alegría que entonces animara a los hombres, el éxtasis musical y jubiloso del heleno ante la Venus Urania y la sonrisa inefable del penitente medioévico abrazado a la Cruz del Dulce Pastor de Nazaret; ellas representan de ese modo los ideales contradictorios que han inspirado la vida del Arte Universal: el ideal pagano y el ideal cristiano, el idealismo y el realismo, que aun luchan en obras y en doctrina.

Señores:

Esta fiesta de hoy es fiesta de Belleza y de Alegría: belleza en la Mujer que viene a premiar, más que con flores simbólicas con fina sonrisa de sus labios, la obra del agraciado justador, y alegría en los devotos de la Belleza y del Ideal que celebran como en épocas

mejores el advenimiento de estos olvidados torneos caballerescos, donde se pone de relieve el triunfo del Arte y del talento. Ecléctico es el motivo de estas justas: en ellas la *Floralia* latina, en homaneje a la diosa de los jardines y los campos, unida a la devoción medioeval de los torneos; el juglar aventurero, inquieto como los bárbaros primitivos que reconstruyeron a Europa y la mujer, pozo de belleza y de alegría, que recuerda las edades helenas; pero ya, señores, esta mujer que vemos en Provenza y en Sicilia y Cataluña adonando la obra de los troveros que, como parvada de inquietas golondrinas, viven de pueblo en pueblo y de corte en corte, no es la mujer griega que vió el desmayo de centenares de crepúsculos reclinada en las murallas del Cerámico, sino la mujer nueva, poseedora de derechos, elevada a alturas que desconocieron la paganía helena y la moral de Roma; ya sus formas en la antigüedad alcándoras de sierpes solamente, se han envuelto en el manto purificador que para ella tejieron las manos caritativas de Roberto de Arbrissel y es esta mujer nueva, que ha sufrido el fuego en el crisol de las nuevas costumbres, quien premia el canto a las glorias de María Inmaculada de Armando de Vidal en las primeras justas provenzales y las poesías de Francisco de

Asís y de Raimundo Lulio, cuando estos grandes místicos tuvieron debilidades de troveros y manía de centones.

Nada puro es sinembargo el calificativo que la señora Pardo Bazán da a las *cortes de amor* que junto al *Consistorio del Gay Saber* sirvieron de estímulo a la poesía juglaresca de los siglos medios, pero esas cortes robustecieron las letras de su época y quedan como recuerdo de la galantería y del amor que espiritualizaron tan lejanos tiempos. Lunares, las caras más bellas los poseen y puede que la sabia escritora española encontrase algunos en las *cortes* antiguas, mas poco valen ellos para que esta institución, restaurada en su agonía por la piedad amorosa de Clemencia Isaura, para que esta institución que dió firmeza al lemosín y al catalán, galardonando a sus poetas, espíritus amantes del progreso de las Letras y devotos de la Belleza, la exhumen cuidadosos de la cripta de los siglos y nos ofrezcan hoy el bello espectáculo que por mayo, hace seiscientos años, sucediérase bajo el cielo encantador de la Provenza; porque estas fiestas galantes, como diría Verlaine, tienen el prestigio de la poesía, amparada por la Mujer que lo hace todo suave y brujo y dulce. Fuente de alegría, ella riega el esfuerzo apolonida que justa en las arenas del ritmo y la

armonía, haciendo más amable la labor profunda de pensadores y poetas, y son éstos, pensadores y poetas, quienes dan verdadera fisonomía a los pueblos, que sin ellos son como pobres mudos solitarios. "E aún deben (los Reyes) honrar e amar a los maestros de los grandes saberes, dice el Rey Sabio, por cuyo consejo se mantienen e se enderezan muchas vegadas los reynos" y alegran su vida, agregaríamos nosotros, porque torres ebúrneas en el desierto de la muchedumbre, los pensadores y los poetas echan a volar las campanas de oro de su espíritu, y su alegre algarabía suena en el silencio de la selva anónima como aleluyas que entonasen míticas voces de apoteosis.

Utiles, estas fiestas llaman al trabajo de la palabra que en veces "embriaga tanto como el falerno," sirven de acicate a espíritus tediosos que pueden dar mucho de sus riquezas interiores pero que duermen por falta de alegría y enseñan a la masa que en las grandes festividades de los pueblos las letras deben tener su homenaje, porque ellas expresan su cultura y su progreso. Trujillo las necesita más que cualquier otro pueblo de Venezuela, porque en nuestra geografía nacional ninguna región más indiferente al cultivo de las letras que ésta de nosotros. Duélanos el decirlo, pero de tántas menta-

lidades superiores que hanse dado en nuestro Estado a labores literarias, poco queda por falta de entusiasmo, a no ser la mucha nostalgia que al espíritu trae la evocación de su recuerdo. Hagamos estas fiestas, que ellas pueden traer alegría a los indiferentes para que así trabajen, ya que tienen a su favor el imperio de la belleza cristalizada en alma y líneas de Mujer, y vimos con Keats que Belleza es *fuente perenne de alegría!* Nada más natural que Valera la lleve a feliz término, por segunda vez, en estas sus festividades centenarias: en el concierto de ciudades del Estado ella canta con voz nueva y prendada del Caballero Progreso, que ve idealmente surcar las ondas cristalinas del músico Motatán, como Lohengrín leyendario que anduviese sobre cisne de espumas o de plata, en pos de mujeres prisioneras y aflictas, ella quiere ataviarse como la novia más cumplida. Y es que este cielo valerano evoca la cigarra provenzal y estas sus mujeres fragantes y dulces hacen pensar en Clemencias y en Mireyas: ningunas como ellas dignas de formar cortes donde triunfe la gracia de los ojos más lindos y de las más claras sonrisas que vengan a premiar la obra de fortunosos justadores. Vosotras, ¡oh, Damas! pedís lenguas de lira para que se os cante y guzla de trovadores que diga

furtivas cosas de ensueño en vuestras rejas floridas, donde vuestros ojos son como lámparas de devoción y de indulgencia. Y vos, ¡Señora y Reina de este Reino Ideal de Belleza y de Arte! merecéis la eternidad de cetro y de corona: nunca mejor hablara la justicia por boca de poeta, que al designaros Soberana de este efímero Imperio de galantería y de versos: vuestros ojos son ojos de premio, el premio embrujador que dar la vida puede a quienes hayan sufrido y batallado mucho; vuestras manos son seda traída de remotas regiones de Hadas, son seda pura como para cubrir un corazón aterido y solitario, y vuestros labios no sé deciros si son nido de sonrisas o gruta de músicas perladas, pues si habláis, subyugan, y si en silencio sonreís dan muerte!

La Paz de Truxillo, por enero de 1921.

LA EMBOSCADA

LA EMBOSCADA

ACTO UNICO

(Salón espacioso. Al fondo cuatro puertas pequeñas, a la izquierda, otra igual; todas cerradas. A la derecha puerta grande y abierta, llena de las sombras más espesas. Gran iluminación. En medio del salón, mesa servida con olorosas viandas y riquísimas frutas y licores. Muchas sillas de sedas finísimas en los rincones. Al fondo entre las puertas, varios espejos.)

ESCENA UNICA

(*Aparece la Vida en el fondo del salón ricamente vestida y llena de joyas y oropeles. Lejos se oye una musicación lenta, pausada, de notas sutilísimas.*)

LA VIDA—Se empieza a oir la música divina de los astros, la harmonía es cada vez más pura y delicada y subyugante. Ya comenzará la fiesta, pronto han de venir los invitados, hay sitio para seis. (*Se oye un toque en una de las puertas pequeñas.*) El primero!

(*Va y abre.*) Adelante! (*Aparece una rubia muchacha que frisa en los quince, muy risueña y salada.*)

1ª INVITADA.—Aquí a vuestras órdenes.

LA VIDA.—Bienvenida. Habréis de pasar en casa ricas horas. Pronto vendrán otros y habrá fiesta como nunca fué semejante. (*Se oyen toques en las otras puertas pequeñas.*) Llegan los demás! (*Les abre y aparecen tres mancebos y una gentilísima morena.*)

1er. MANCEBO.—Es bello este salón y qué ricas parecen estas viandas. Habremos de divertirnos aquí. (*Todas las puertas han vuelto a cerrarse solas.*)

2º MANCEBO.—(*Mira a la Vida y a las otras dos mujeres.*) A vuestros piés, señoras mías! (*A los otros dos caballeros.*) Salud, compañeros míos!

LOS INVITADOS.—(*En coro.*) Salud, compañeros! (*Se sientan.*)

(La música se va haciendo cada vez más dulce y harmoniosa. Parece más próxima y más lejana a un tiempo. Hay murmurios de fuente y suavidad de alas en sus notas sutiles. Los presentes la oyen como en éxtasis, en el más religioso silencio. Se dirían estatuas vivas, según es la estabilidad en que se encuentran. En la sala no hay el más leve ruido.)

1er. INVITADO.—¿De dónde viene esa música?

LA VIDA.—De todas partes.

1er. INVITADO.—¿Quién la produce?

LA VIDA.—Ella vive por sí.

1ª INVITADA.—Qué bella, qué dulce, qué harmoniosa es! (*Dirige la vista a la izquierda y se encuentra con los ojos de uno de los jóvenes que la mira devotamente.*)

1er. MANCEBO.—(*A la 1er. Invitada.*) Vuestra palabra es música.

1ª INVITADA.—La vuestra también.

1er. MANCEBO.—Vuestros ojos tienen luz y música.

1ª INVITADA.—Los vuestros también.

1er. MANCEBO.—¿De dónde venís?

1ª INVITADA.—No sé. Y vos?

1er. MANCEBO.—Tampoco sé.

LA VIDA.—(*Con voz que ahoga las demás.*) Empecemos el festín, señores. Comamos y bebamos que son ricas estas viandas que os ofrezco. Bebed ese vino, diríase el néctar de los dioses. (*Se sirven de él los invitados.*)

TODOS.—(*A una voz.*) Salud! (*Beben.*)

MANCEBO. 2º—Es dulce, infinitamente dulce.

INVITADA 2ª.—(*Mirándole.*) Creo que es más dulce en mi copa. Probad! (*Le da el resto que reposa en la suya.*)

MANCEBO 2º—(*Bebiendo.*) Oh, sí, es más dulce, pero fué que lo pusísteis más por vuestros labios.

(Todos comen y beben con entusiasmo y alegría divina. Repasan las viandas y apuran el vino de las copas. El Mancebo 3º está menos alegre que todos.)

LA VIDA.—¿Qué os parece mi fiesta?

TODOS.—Digna de vos. Nunca habrá nada mejor que estos manjares y licores!

MANCEBO 1º—(*A la 1er. Invitada*) Me parecéis más bella.

1ª INVITADA.—También vos.

MANCEBO 1º—Es la alegría que nos posee quien nos hace más bellos.

MANCEBO 2º—(*A todos.*) Esa música quiere que bailemos!

LA VIDA.—Habremos de hacerlo, mas es preciso terminar con este plato.

MANCEBO 2º—Terminar con éste, sí, pues nos faltan muchos aún.

MANCEBO 1º—Decís bien.

(Hay risas que suenan como cascabeles, ruidos de copas y de platos. Al fondo de estos ruidos la música se percibe claramente.)

LA VIDA.—A bailar.

(Todos se paran tambaleándose de la ebriedad. Cada mancebo toma una pareja y empieza la danza, con lentitud harmónica en un principio. Poco a poco los giros se hacen más veloces, las parejas chocan unas con otras. La fiebre del baile los une: se abrazan y besan locamente y cambian de parejas unos con otros. La sala se ha convertido en la más roja bacanal. Des-

cansan para beber, se sientan unos, mientras otros giran. Los rostros los tienen descompuestos, las mujeres han perdido sus tocados y aun sus trajes. La Vida ríe, pero su risa tiene algo de simbólico y de siniestro. La fiesta llega al exceso de la locura. Las parejas vencidas, menos la Vida y el 3er. Mancebo, caen al suelo.)

3er. MANCEBO.—Todos se rinden!

LA VIDA.—(*Con risa irónica.*) También lo haréis vos!

3er. MANCEBO. — Veremos. (*Siguen bailando.*)

(La música sigue lo mismo: harmónica, dulce, lejana. La Vida y el 3er. Mancebo continúan sin desfallecer.)

1er. MANCEBO. — (*Desde el suelo.*) Ayudadme a levantar!

3er. MANCEBO.—(*Dejando la pareja, va y le levanta.*) ¿Estáis mal?

1er. MANCEBO.—No!

3er. MANCEBO.—Bebísteis demasiado.

1er. MANCEBO.—Todos bebimos.

(Las demás parejas se van parando del suelo. Las mujeres se quieren componer sus trajes rotos, pero les es imposible y siguen mostrando sus ajadas desnudeces. Sus rostros han cambiado mucho.)

1ª INVITADA.—(*A la Vida.*) Dadme otro traje.

LA VIDA.—Me es imposible y no lo necesitáis tampoco.

2ª INVITADA.—Estoy casi desnuda.

2º MANCEBO.—Poco importa.

2ª INVITADA.—(*Mirándose en uno de*

los espejos.) Estoy muy distinta. He encanecido. (*Todos la miran y se observan unos a otros.*)

1er. MANCEBO.—Oh, sí, tenéis canas y todos tenemos también.

(Los invitados se miran con horror en los espejos. Han cambiado grandemente. La lozanía y gentileza que lucieran cuando llegaron, se les ha convertido en vejez. La Vida los ve y ríe.)

1er. MANCEBO.—Parece mentira este cambio.

MANCEBO 2º—Sí, parece imposible.

1ª INVITADA.—Ya es hora de partir.

LA VIDA.—Aun no; quedan muchos manjares riquísimos, licores finísimos por apurar.

2ª INVITADA.—Me fastidia pensar en más manjares.

1ª INVITADA.—Igual a mí.

1er. MANCEBO.—Yo sí parto, señora. (*A la Vida.*)

LA VIDA.—Bien, partid.

1er. MANCEBO.—(*Se dirige a la puerta por donde entró y la empuja sin que abra.*) (*A la Vida.*) Sed amable y dadme la puerta franca. ¿La llave?

LA VIDA.—Carece de llave esa puerta.

1er. MANCEBO. — ¿Y entonces para abrirla?

LA VIDA.—No se abre nunca más.

1er. MANCEBO.—Imposible!

LA VIDA.—Como lo oís.

1er. MANCEBO.—¿Y cómo hacen para regresar los que aquí vienen?

LA VIDA.—No regresan nunca.

TODOS.—(*A una voz.*) Mentís.

LA VIDA.—Podéis comprobarlo.

(Los cinco invitados buscan las respectivas puertas por donde entraron y forcejean por abrirlas. Todo es en balde, porque éstas permanecen como si no existiesen.)

UNA VOZ.—Esta es un emboscada.

TODOS.—Sí, una emboscada.

LA VIDA.—Mía no es la culpa. Os ofrezco aquí música, manjares, licores, frutas y danzas....

UNA VOZ.—(*Interrumpiéndola.*) Eso cansa y a nada conduce.

UNA INVITADA.—Yo estoy casi desnuda.

LA OTRA INVITADA.—Yo también.

(Todos se sientan en silencio. El cuadro ahora es completamente nuevo. Las mujeres están viejas y feas, también los hombres. Hay un desencanto en el rostro de todos y en el salón pesa la más profunda desolación. Sobre la miseria de esas almas abatidas, flotan las notas de la lejana música, igual, meliflua y melodiosa, como un contraste. Ellos la oyen como un *De Profundis.*)

1er. MANCEBO.—Hasta cuándo estaremos presos aquí?

LA VIDA.—No estáis presos.

MANCEBO 2º—¿Cómo no lo estamos?

LA VIDA.—Otros se han ido antes.

INVITADA 1ª--¿Por dónde? ¿Les abristeis a ellos las puertas?

LA VIDA.—(*Señalando la puerta llena de sombras del lado izquierdo.*) Por esa puerta.

(Una señal de satisfacción e incertidumbre se retrata en el rostro de todos.)

1ª INVITADA.—Hacia dónde va?

LA VIDA.—No se.

2ª INVITADA.—¿Cómo no lo sabéis?

LA VIDA.—Jamás me he aventurado por ella.

1er. MANCEBO.—Y los que por ella vienen, qué dicen que hay por esos parajes?

LA VIDA.—Nadie ha venido por ella y los que por ella han ido...

MANCEBO 2º—(*Dirígese a la puerta obscura y otea en la sombra.*) No se ve nada.

INVITADA 1ª—Estamos perdidos.

TODOS.—(*Con voz desfallecida.*) Sí, estamos perdidos.

(Lloran en silencio, menos el Mancebo 3º. En el salón en calma flota algo como un misterio trágico.)

INVITADA 2ª — (*Rompiendo el largo silencio.*) ¿Qué hacemos?

1ª INVITADA.—Esperemos.

1er. MANCEBO.—Aquí no hay nada que esperar. ¿Nos vamos?

MANCEBO 2º—¿Hacia dónde?

1er. MANCEBO.—Hacia la sombra.

MANCEBO 2º—Nos perderemos.

1er. MANCEBO.—Vale más que seguir aquí esperando nada.

1ª INVITADA.—Acompaño al primero que juegue la aventura.

1er. MANCEBO.—Seré yo.

INVITADA 2ª—(*Al Mancebo 2º*) ¿Vos me acompañaréis a mí?

MANCEBO 2º—Os acompaño.

(Los cuatro dispónense a salir.)

1ª INVITADA.—(*Al 3er. Mancebo.*) ¿Nos seguís?

MANCEBO 3º—Yo no!

1ª INVITADA.—Váis a esperar algo?

MANCEBO 3º—Sí. Esperaré aquí pacientemente el final de la fiesta. Ya que vosotros no tenéis valor y temiendo aburriros os aventuráis por caminos inciertos sin la más leve esperanza, yo soportaré hasta lo último y me beberé la última copa.

TODOS.—Adiós! (*Se alejan por la puerta llena de sombras.*)

La Vida.—¿Tenéis valor?

El Mancebo.—Sí.

La Vida. — Continuemos, pues, la fiesta.

(Se sientan de nuevo a manteles. Comen y beben y se embriagan hasta apurarlo todo.)

El Mancebo.—¿Y qué más?

La Vida.—Más nada.

El Mancebo. — ¿Queda algo en las copas?

La Vida.—Ni una gota.

El Mancebo.—¿Hay más viandas?

La Vida.—Ninguna.

El Mancebo.—¿Qué hacemos ahora?

La Vida.—Nada.

El Mancebo. — Nada ¿y te llamas Vida?

La Vida.—Es lo mismo.

El Mancebo.—¿Y tu secreto?

La Vida—Lo ignoro.

El Mancebo.—Dilo! Dilo barragana!

(El Mancebo salta sobre la mujer que le ríe engañosamente. Esta evita el ataque y corre. El Mancebo la persigue. La Vida llega a la puerta llena de sombra. El Mancebo la ataca y aquella se hude en la obscuridad. Las sombras invaden el amplio salón, hasta poseerlo todo. No se ve nada. Sobre la soledad inmisericorde, flota la música cósmica: rítmica, dulzaína y alada, como siempre. Una voz exclama: "Maldición" en el silencio, y éste de nuevo se hace intenso, profundo y harmonioso como la misma música. Después, lentamente empiezan a nacer los astros, brillantes y llenos de paz, del fondo de las sombras.)

TELON LENTO.

LA CIEGA

ACTO I

Jardín lleno de flores...En un ángulo una fuente que corre lenta; bancos, y en uno de ellos dos mujeres sentadas que hablan.

ESCENA I

Gertrudis y Eglantina (*ciega.*)

EGL.—Mamá, dime, ¿es verdad que arriba de nosotros viven unas mariposas que se llaman estrellas?

GER.—Sí, hija.

EGL.—¿Y nadie ha podido bajar ninguna de esas mariposas?

GER.—No, nadie.

Egl.—Y por qué, mamá?

Ger.—Porque esas mariposas dicen que son las almas de los que mueren en paz.

Egl.—Cómo son?

Ger.—Blancas, y brillan de noche con un temblor milagroso de oro.

Egl.—Pero yo no sé que es blanco ni qué es oro, mamá. ¡Qué triste es no ver como ustedes!

Ger.—(*Con los ojos nublados por las lágrimas.*) No, hija, aquí hay cosas que no se deben ver y vale más ser ciego para evitar muchos dolores.

(*Largo silencio de ambas*).

Egl.—¿Desde cuándo no escribe la abuelita, mamá?

Ger.—Hoy escribió y dice que mañana vendrá a vernos.Está ya muy enferma la abuela y no puede venir siempre.

Egl.—¡Qué fresco hace! Esta hora siempre es bella y por eso yo quiero vivirla en el jardín. Aquí experimento sensaciones dulces que me hacen olvidar lo negro de mi noche eterna. El aire que pasa paréceme que deja un beso en mis mejillas, la fuente que canta creo que entona una plegaria de dicha y los pájaros que gorjean, mienten una sinfonía prodigiosa.

GER.—(*Triste aun.*) Inclínate (*la atrae hacia su pecho*) y no sufras tanto.

EGL.—Ay! mamá, tú dices que hay un Dios que nos quiere y que gobierna el mundo, y si es bueno como tú dices ¿por qué no me dió la vista?

GER.—No te la dió ahora, pero después verás más que nosotros, porque allá, en el reino celeste donde viviremos después, tú llevarás el alma limpia y podrás apreciar más ese mundo de sombras y visiones.

EGL.—Es que yo quisiera ver ahora y conocerte a tí ¡qué triste es no saber cómo es la madre de úna! (*Se le enreda la voz en la triste emoción que la invade. Después, como recordando.*) Yo recuerdo una vez que dormía, hace ya mucho, y soñaba que estuve no sé dónde; me había enredado en un zarzal y vino una persona muy bella entre una nube y con sus manos cálidas y suaves me ayudó a salir de donde estaba, le besé la mano después, y mis labios la sintieron igual a la tuya. Desde entonces he creído siempre que tú debes ser como esa persona vaporosa y buena que en sueños me quitó la amargura de tántas espinas.

GER.—No me hagas sufrir, Eglantina. (*Mirando hacia uno de los extremos del parque.*) Allá viene tu papá,

ESCENA II

Los mismos, y Antonio que llega después

ANTONIO.—¿Qué os pasa?

GER. y EGL.—(*A una misma voz.*) Nada!

EGL.—Trabajaste mucho, papá?

ANT.—Como siempre. (*Se sienta a un lado de su hija y la besa en la frente.*) Estás fría ¿qué te sucede?

EGL.—Es el aire que cuando pasa me va besando con sus besos fríos de frescor.

(*Se va haciendo de noche, el aire deja de cantar entre las hojas, los pájaros gorgeantes hanse quedado dormidos en sus nidos, la pobre cieguita inclinada en el hombro de su madre parece una flor enferma de estío. Sólo la fuente continúa lo mismo, cantando su plegaria de dicha.*)

GER.—Vayámosnos. Debe estar servida la mesa. (*Los tres se paran, la cieguita del brazo de sus padres, camina lentamente.*)

ESCENA III

Manuel entra corriendo al jardín, detrás vienen dos niños más.

MANUEL.—Aquí, aquí va. (*detrás de un cocuyo que brilla en su carrera.*)

UN NIÑO.—Allá está, míralo Manuel, se posó en aquella rosa. (*Los niños corren por todos lados en busca del animalito.*)

OTRO NIÑO.—Dejémosle quieto, Manuel, ¡pobrecito! El infeliz está con la flor a quien quiere tánto; dejémosle que se duerma un rato antes que sea nuestro; los cocuyos quieren a las rosas como tú quieres a Luisa y yo a Julia; cuando yo estoy con Julia y viene mamá a pegarme por algo que le haya hecho, sufro más por separarme de élla que por lo que me pegaren.

EL OTRO NIÑO.—Sí, es verdad. Juan tiene razón, Manuel. Sentémosnos aquí mientras se va de la rosa.

MAN.—Convenido, pero no lo dejemos ir. (*Los tres se sientan en un banco y vigilan atentos la flor donde el animalito parece dormir. Manuel y Juan empiezan a hablar, mientras el otro niño hace guardia al pobre cocuyo, preso entre pétalos de rosa.*)

MAN.—Hace frío!

JUAN.—Sí, la noche que llega.

MAN.—(*Asustado.*) ¿Dónde está la noche?

JUAN.—No ves la oscuridad que empieza a rodearnos?

MAN.—Sí! Pero la tía Eufrasia, aquella viejita que vive en casa y que dicen que es bruja, me dijo que la noche era una mujer vestida de negro a quien el sol había condenado a andar

a obscuras porque no le quiso dar agua una vez, y que no puede ver a los niños como nosotros; también me dijo que a la orilla del mar y de las fuentes canta unas plegarias muy tristes que dan miedo ¿tú la has oído cantar?

JUAN.—Yo sí que oigo cantar, pero no a ninguna mujer. Eso es mentira, Manuel, ¿sabes lo que pasa?

MAN.—No, no sé nada.

JUAN.—Es que en la obscuridad de la noche las almas de los que ya no existen salen a pasear, y entre los jardines, junto a las fuentes mudas, se dicen palabras dolorosas por lo que ya no es y entonan plegarias que por ser cantadas por ellos dan miedo a quienes las oyen.

MAN. — Y entonces, la noche no existe?

JUAN.—Sí, existe, pero hecha de obscuridad.

MAN.—Y las sombras?

JUAN.—Son blancas como una niebla cuando son de almas buenas, pero cuando han sido malas en vida son tan negras que se confunden con la noche.

MAN.—Sabes que me da miedo lo que me dices. (*Impresionado.*) Mira, allá viene una sombra blanca.

JUAN.—No, esa es Eglantina la ciega.

ESCENA IV

Los mismos y Eglantina que viene sola, con paso incierto y las manos extendidas. Al pasar junto al rosal donde está el cocuyo, tiembla el árbol y sale volando el animal.

EGL.—(*Entre dientes.*) Siento ruidos, quién estará por aquí?

JUAN.—(*A Antonio.*) Pobrecita Eglantina!

EL OTRO NIÑO.—Miren, se fué el cocuyo.

EGL.—Qué fué? Quiénes están aquí?

MAN.—Somos nosotros, Juan, Manuel y Alejandro. (*A Juan.*) Se fué para arriba, mira, cómo vuela semejando una estrella.

JUAN.—Eglantina tiene la culpa porque meneó el rosal.

EGL.—Culpa de qué?

JUAN.—De que se nos fuera el cocuyo que perseguíamos.

EGL.—Pero es que yo no sé qué es eso.

JUAN.—Sí, tú no sabes, pobre Eglantina, pero nosotros buscamos un cocuyo y lo habíamos dejado dormido entre una rosa; cuando tú pasaste, se despertó y echó a volar. Entiendes?

Egl.—Sí, pero yo no sé qué es cocuyo.

Man.—Es un animalito que brilla con una luz preciosa, muy bonito, parece una estrellita.

Egl.—Cómo una estrella! Entonces debe ser muy bello, pues me decía mamá que las estrellas son unas mariposas que brillaban como el oro.

El otro niño.—No, Eglantina: las estrellas son unos huecos que hacen en el cielo las almas que pasan hacia el infinito y por ellos se ve la luz de arriba; de ahí que no se puedan contar.

Man.—No, si las almas se quedan acá, dice Juan.

Egl.—Ustedes no saben más que mamá, y ella me dijo que eran las almas de los que se morían en paz, y de ahí que brillen como el oro.

Juan.—(*Mirando hacia la fuente.*) Allá está, miren el cocuyo. (*Los niños empiezan a correr detrás del animalito, y se van.*)

Egl.—Tráiganlo acá para tentarlo yo!

ESCENA V

Eglantina, sola.

Egl.—Estos felices muchachos pueden hacer lo qe les place. Ellos discuten, corren, hablan de todo y ven lo

que no puedo ver yo. Pero... ¡ay de mí! dolor me da el pensar en este amargo sufrimiento de sentirme sola en la noche de mi ceguez. (*Piensa un rato, y sentándose inclina sobre la mano la cabeza. Se oye un graznido de buho, el parque está envuelto en un sonoro silencio que interrumpe la voz de la fuente que continúa cantando, la noche ha entrado por completo en las cosas y no brilla ni un polvo de luz sobre las hojas de los árboles. La respiración de Eglantina se va haciendo lenta, una sonrisa se perfila en sus labios, duerme tranquila, tranquila como una mariposa*).

ACTO II

El mismo parque de la otra vez. Eglantina tiene ya tres años más, ha enflaquecido mucho, su belleza se ha aumentado un tanto con la palidez nostálgica de su rostro enfermizo. Ella ignora aún la tragedia ocurrida en su hogar, cuando su padre mató a Gertrudis por hallarla en brazos de un amante; la abuelita le ha dicho que ambos viajen a causa de la enfermedad de su madre y que escriben con frecuencia preguntando por ella... Eglantina hacía mucho tiempo que no venía a su casa, y a duras exigencias a la abuela, ésta consintió en traerla.

ESCENA UNICA

Eglantina y Doña Josefa, sentadas en uno de los bancos del parque solitario.

D. JOS.—Ya estás satisfecha, ya sentiste las dulzuras de tu parque y nos podemos ir ¿verdad?

Egl.—No, abuelita, no te vayas aun, acompáñame un rato más.

D. Jos.—Y qué quieres que haga hija?

Egl.—Dime ¿qué has sabido de mamá?

D. Jos.—(*Con horror.*) Está buena.

Egl.—No, abuelita, mamá no está buena, tú mientes, dime la verdad: ¿mamá está muerta?

D. Jos.—No, hija. (*Llorando en silencio.*)

Egl.—Mira, abuelita: una vez, ya hace mucho tiempo, me dijo mamá que las estrellas eran las almas de los que morían en paz, y yo soñaba anoche que estando aquí sentada había bajado una de esas mariposas que llaman estrellas y me había besado mucho y ¿qué estrella me podría besar sino mamá?

D. Jos.—No, hija, cállate, Gertrudis está buena, vive ahora en París y pronto regresará ya sana.

Egl.—(*Pensando.*) Tú, abuelita, me engañas y haces mal.

D. Jos.—No te engaño, y si sigues dudando de mi palabra, me voy.

Egl.—No, no te vayas para que me cuentes una de aquellas historias que me relatabas en mi infancia. ¿Te acuerdas?

D. JOS.—Sí, ¿cuál quieres?

EGL.—La de aquella Hada que convertía en diamantes todo lo que tocaba.

D. JOS.—Pero esa la sabes tú y yo no la recuerdo.

EGL.—Entonces me contarás la historia del Rey y las manzanas.

D. JOS. — Empezaré. (*Pensando*) pero no recuerdo el nombre del Rey... ¿cómo se llamaba?

EGL.—El Rey se llamaba...cómo?... se llamaba....Ar....nó....no sé, abuelita. Pero dime: ¿ese Rey no fué el que mató a su esposa porque le dió las manzanas a un Príncipe a quien ella quería?

D. JOS.—(*Temblando.*) Sí...hi...ja!

EGL.—Qué te pasa abuelita?

(*Silencio.*)

EGL.—(*Fuera de sí, y señalando a la puerta lejana.*) Mira abuelita, por ahí pasa mamá, mira... mira abuelita...!

D. JOS.—*Horrorizada se para.*) ¿Qué, qué dices hija?... Estás soñando?... (*Eglantina está como aletargada y ha inclinado su cabeza sobre el respaldo del banco.*) Qué te ha pasado? (*La mueve.*) Eglantina... despierta!

EGL.—(*Después del letargo empieza a respirar tranquila; su abuela horrorizada está a su lado dándole a oler el contenido de un frasco minúsculo.*) Abuelita, mira allá... allá lejos va mamá ensangrentada (*señalando hacia una rosaleda*) allá... mira cómo se confunde con las rosas... (*Vuelve a quedar en la misma actitud anterior.*)

D. JOS.—(*Cada vez más admirada de lo sucedido y arreglándole los cabellos descompuestos.*) La ha matado el ver; la pobrecita ha visto desde adentro la sombra de su madre. Con razón me decían que aquí salían espectros, sí, el espectro de mi pobre hija!.... Eglantina!.... Eglantina!.... (*La llama en balde.*) Ah, ya no podrá seguir viviendo, pobrecita! (*Empieza a llorar.*)

TELON.

EL VIAJE DE AQUERONTE

Lo que hay deepués de la muerte, vida es.
SÉNECA.—*El Libro de Oro.*—Af. 694.

Empezaba a morir el sol cuando Mercurio, con sorpresa grande vió venir hacia él al viejo Aqueronte, con fatiga tal que parecía haber estado corriendo mucho tiempo.

—Amigo mío ¿qué os pasa? interrogó el olímpico.

—Pese a Júpiter, caro Sileno, pero jamás pensé verme en trance como el presente. De no haberos entretenido tánto en estos asuntos de la tierra, vuestra ayuda me hubiera librado del trabajo que hoy me imponen los muertos, los desgraciados muertos que descansando debían estar en los Infiernos.

—Pero qué os ha sucedido? Dilo, ya que ignoro vuestros negocios!

—Qué? Pues ignoráis que cuatro de los más astutos lograron hacerse a una barca semejante a la mía y han huído sin saberlo el mismo Cancerbero, y lo más gracioso, lo que más exalta mi ira, es que animados por los desertores, cayeron sobre mí centenares de almas y me han obligado a pasarlas a la tierra. Indignado el padre Júpiter me obliga a hallarlas en un breve lapso de tiempo y tornar luego con ellas a las estigias regiones. Es infame lo que han hecho los muertos.

Mercurio, olvidado ya de su vieja camaradería con el trágico barquero, lanza sobre él su burlona carcajada y se mofa de su gran preocupación.

—Así correspondéis al mensaje que os comunico?—interroga el afligido Aqueronte.

—Vos mismo me mandáis a ello. Recordáis que en cierta ocasión en que os enseñaba yo la tierra y os explicaba la vida de los mortales, me dijísteis ser vos digno de la risa de los niños si llegarais a dedicaros a traer de nuevo a la vida las almas de los muertos? (1)

(1)—Luciano de Samosata.—*El Aqueronte*, traducción de Maldonado.

Las habéis traído y me río hoy de vos, triste y viejo amigo.

Y el pobre barquero, después de maldecir a su antiguo camarada, sigue su viaje por la Vida en busca de sus muertos......

PÁGINAS BREVES

EN ELOGIO DE TU SERENIDAD

¿Me conoces? Lo ignoro. Junto a mí has pasado serenamente, indiferentemente, acaso con un dulce ensueño de ángeles en lo más remoto de tu débil pensamiento juvenil; has pasado y mis ojos han seguido tus huellas con devoción ritual; has pasado y mis ojos como en éxtasis supremo han sabido de altas perfecciones lineales y de bellezas imposibles materializadas en la menuda arquitectura de tu cuerpo de ánfora. Y mientras mis ojos pecadores que han llorado angustias y son sabios en hondas miserias de vida, han bañado su dolor de visionarios en el agua de milagro de tu perfección y tu belleza, mis labios inexhaustos presa han sido de silencio mortal.

Serenamente, indiferentemente, has pasado junto a mí, y nunca tu mirada, acaso de una suavidad de redención, ha llegado hasta la aridez de mi existencia impenitente; tu voz, tal vez bruja como la de una sirena, jamás ha derramado el oro de su melodía en el silencio conventual de mi alma. No sé si hablas, no sé si oyes, no sé si miras... Diríase que eres estatua viva, tal pasas con tu indiferencia soberana, negando amables caridades a quienes tienen para tí pleito-homenaje. Mil veces he esperado con fiel sumisión de servidor la luz de tus ojos, cuyo color ignoro, mil veces he solicitado el momento de conocer la música suprema de tu voz y permanecido has mil veces muda y sin mirada, acaso con un dulce ensueño de ángeles en lo más remoto de tu débil pensamiento juvenil.

No hablas, no miras, no oyes...

¿Acaso Venus de Milo más bella que tú?... Mármol muerto es la carne de la bella ática y el silencio de piedra que la envuelve y la penetra nada le quita de su imperio soberano. Muerta está hace siglos, y la palabra más dulce y regalada habrá de romperse irremediablemente en la ruda muralla de su oído, entre la concha de su oreja primorosa; y le hablan y suplican locos de belleza, una sola frase de consuelo y la perpe-

tuidad de un vasto silencio secular sella sus labios por siempre jamás; y no ve, ¡ah, sus ojos fríos y blancos!; diríase que desde el vacío de sus pupilas talladas a cincel, contemplan una lejana apoteosis en su honor; mas sobre esa suprema indiferencia que le sirve de alma, la de Milo reina por los siglos de los siglos en el corazón de los devotos de la Belleza y del Ideal.

¿Me conoces? Lo ignoro. La trunca hija de Fidias no conoce sus devotos y la admiran. Sobre la plenitud de la menuda arquitectura de tu cuerpo de ánfora tu indiferencia y tu silencio son como el refugio del Ideal vejado mil veces; nuevo manto de Isis, tu serenidad es como la ofrenda propiciatoria que tu carne y tus ojos y tu boca y tu belleza toda, ofrece en holocausto al Ensueño, que mañana para tí, como para todos nosotros los mortales, habrá de confundirse con la más dolorosa miseria del vivir.

No mires... no oigas... no hables!

CIENTO UNA

Cien veces teniendo las blancas cuartillas sobre la mesa, he tomado la pluma para escribir algo que bulle en mi imaginación, para publicar pensamientos que cruzan mi mente, para traducir al papel sentimientos que viven en lo profundo de mi sér interior, allá dentro, junto a la clepsidra misteriosa y sangrienta que llaman corazón. He empezado a escribir: "Como una sombra que se desliza humildemente contra la derruída pared de un palacio en ruinas, así mi vida se arrastra por el mundo sin...", y no podré terminar nunca la frase, nunca; algo extraño me impide seguir escribiendo: ¿será que faltan energías a mi diestra? Rompo el

papel y empiezo con otra idea: "Si como anhelaba Darío me fuese dado ser dueño del mundo, no tendría como él la crueldad de hacerlo de un golpe mil pedazos, no, sino con mano sabia distribuiría las riquezas entre todos, apartaría la discordia de los hombres, y...", tampoco puedo terminar esta idea. Algunas veces, creyendo oir el cascabeleo de la vieja Locura, escribo: "Ah, ¿y no es más feliz el pobre loco en su triste inconsciencia que los que vamos cargando por calles y caminos con este pedazo de vida tan apegado a nuestra miserable carne, siendo preferible..." Por Dios! la frase tampoco puede terminar esta vez, y nunca sé la razón de esta indocilidad de mi pluma que no quiere escribir de esos sentimientos mudos que roen ferozmente mi sér interior, de esas amarguras que llenan la copa de mi vida, de esos suspiros que mueren en el fondo de mi alma nostálgica, y hoy se agrega una vez más a las cien que he intentado hacerlo. Corazón, llevemos la cuenta: ciento una!

PANTEISMO MISTICO

(Ante el Crucifijo de la celda la virgen ora con beatitud angélica. Su carne blanca, casi transparente por la anemia del ayuno, parece dilatarse en un limbo celeste que la circunda de luz, mientras la lámpara se va extinguiendo lenta, muy lentamente, al igual de su vida marchita entre las penumbras del claustro silencioso.)

¿Qué analogía recóndita existe entre esta vida beatífica y la de las imágenes inmóviles de los grandes templos católicos? ¿Acaso no parece existir una corriente panteísta que las hace fundirse, que hace transfundir su esencia íntima de la carne a la piedra y de la piedra a la carne? ¿Acaso esas imágenes ante las cuales la devoción y la fé se postran humildemente, no aparecen a los ojos del artista como vivificadas

por el fuego vital de esos seres en oración perenne? ¿No sucedería quizá que sin el calor mágico que esas vírgenes prudentes les trasmiten en medio del ritmo de sus plegarias, careciesen las imágenes de esa sublime expresión que las hace aparecer como símbolos de supremas beatitudes? ¿Acaso esas vírgenes ignoran que al ofrecer su vida en aras del altar, hacen la misma ofrenda de las vestales romanas al dedicar su virginidad a la Gran Diosa para custodiar el fuego perenne, con la diferencia de que las imágenes católicas se alimentan con el fuego de la naturaleza sacrificada de sus vírgenes? ¿Acaso al pasar junto a los altares perfumados de los grandes templos no sentimos la vibración vital de tánta virtud creadora que se ha fundido y continúa latente en las imágenes de arcilla? ¿Y tú, Dominador, creador de imágenes y de actos, no has sentido esa gran voluptuosidad que duerme en las esculturas sagradas, no has sentido palpitar, como la vibración de una gran arteria ciclópea, el alma de la naturaleza encerrada en esas capillas ojivales a donde la fé lleva, en pura oración de inocencia, a vírgenes plenas de fuego creador y del impulso esencial de la especie?...

LA VOZ DE LAS SOMBRAS

Los tres más grandes majaderos del mundo hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo.—BOLIVAR.

Junto al mar desolado hablaban dos sombras. Todo era quietud en la ribera: ni el viento ni las olas ponían un ruido extraño en aquel mudo dialogar heroico. Una era alta y lánguida, la otra pequeña y ágil; sombras de almas, espíritus vivientes, memoraban acciones pasadas.

—.........

—Aramos en el mar!, parecía decir la más pequeña. Luchamos en balde como luchó Jesús, sin que se nos comprendiera, dándosenos como único premio la injusticia y la traición de aque-

llos a quienes ofrendamos nuestras ideas y nuestra vida. Fuimos tres majaderos...

Un silencio de dolor cubrió la dureza de aquellas frases amargas, mientras de las aguas dormidas surgía una sombra nueva. Inefable, serena, blanca como una bruma láctea, fué acercándose con paso rítmico, con suave movimiento de ala, hasta los dos dialogantes. Era bella y tenía los brazos en cruz como derramando paz y su presencia evocaba la parabólica dulzura del Jordán y Galilea.

—No trabajásteis en balde, pobres hombres, habló la recién llegada sombra y su voz era dulce como un poema de amor. Fuísteis héroes de ideas, de altos principios. Apóstoles de justicia, ¿queréis pago por vuestra obra de liberación? ¿Quién podría pagárosla? Mas si hicísteis el bién por la gratitud, si luchásteis para después solazaros con el reconocimiento de los hombres, majaderos fuísteis: pero bien se ve que vuestra labor no fué obra material de encadenar voluntades, tal cosa era indigna de vosotros. El Ideal quiere algo más grande, el Ideal no se conforma con la opinión de los hombres. No matéis el Ideal con vuestro Dolor! Sois más que hombres!...

Y como una bendición vino la paz sobre los espíritus dialogantes. Y la blanca sombra de quien así hablara cruzó en silencio la ribera y en la ribera hubo entonces dulce murmurio de alas, y azucenas y lirios florecieron sobre la arena estéril....

PODRE

La virgen pordiosera evoca con su rostro muerto un símbolo de dolor y de miseria: la pústula del cáncer ha hecho de su cara, antaño plena de belleza, una trágica máscara de asco: una llaga llorosa y viva, con las tonalidades azulosas y glaucas de la carne putrefacta de los cadáveres, en la cual tiembla coma una amenaza y como un dicterio, un par de ojos vítreos y sin mirada, con pupilas descoloridas por el dolor y por la muerte; y una lengua torpe, roja como un ascua infernal, balbuceando entre la boca y las fauces nasales, unidas por la dolorosa destrucción de la bóveda palatina. Un paño blanco cubre la desnudez inmisericorde de aquel rostro descompuesto, evitando así el dolor de contemplar la faz

de la virgen, donde la muerte con artificio diabólico paralizó su obra de destrucción, que acaso fuera labor de clemencia para aquella vida mutilada. El pueblo la ve pasar como una sombra, toda vestida de blanco, tal novia que fuese hacia el altar; dijérase al verla que pasa una gran mentira. Fué bella y coqueta, dice la lengua de las gentes, tuvo admiradores de quienes ella rió, pero como es vana la vida, ésta huyó de su rostro para escarmiento de mujeres casquivanas.

Esta tarde la he visto. Junto al ventanal de una pálida grisetilla trasnochada, la virgen sin rostro mostraba su calavera aun viva a la frívola cortesana de cabellos postizos, y los ojos viciosos de la impúdica encontráronse frente a frente con los de la cara muerta de la sombra humana.--No das miedo que diga!--exclamó la exvirgen con fingido donaire e hizo sonar su carcajada indiferente sobre el rostro cadavérico de la harapienta pordiosera. Y la lengua torpe de la virgen semipútrida dijo a la pálida grisetilla trasnochada:

—Sólo a usted no he dado asco! ¿Conoce acaso llagas más lastimosas?

Y envuelta en el oro de la tarde, la trágica mendigante sigue en silencio hacia la miseria de su barrio, donde nadie la espera.....

LA HORA SOLEMNE

"Nuestra hora más silenciosa", nuestra hora solemne ¿llegará acaso?... ¿Llegará el momento en que nos sintamos como trasportados en alas del silencio a las regiones del vacío, más allá de las estrellas solitarias, más allá de toda impresión de los sentidos?...

Quién sabe!...

—Tú, ¿no sientes ese "anhelo del infinito" de que nos habla Bjorson? ¿no sientes como un ímpetu de ir hasta más allá, de sentir una embriaguez de nada?

—No!

—Procura entonces tu "hora más silenciosa." Reconcéntrate en tí, olvi-

da la vida, elévate hasta la altura de un silencio imposible, sueña un poco, habla un rato con el pájaro azul de la leyenda, arranca una estrella al árbol milagroso, báñate en el canto de la fuente encantada, y sigue—sin pensar—en tu ensueño perenne, y allá arriba, en la región de la muerte momentánea, hallarás tu "hora más silenciosa", tu hora grave; sabrás tu ley eterna y habrás de llenarte de la humedad del silencio, propicia a todas las germinaciones espirituales. ¿Despertarás de tu ensueño? Quién sabe! Son tan pocos los que no han despertado!

SIMIL

La serpiente vuelta sobre sí misma fué símbolo de eternidad para los antiguos. El "eterno retorno"de la obscura fórmula heracliana, el ir y venir de los ríos a la mar, lo mismo en el pasado que en el presente y en el futuro, de la filosofía salomónica, están como cristalizados en el deseo torturante de la bestezuela venenosa que muerde con dolor—quizá el único suyo—su propio cuerpo. ¿Acaso en ese símbolo no está también encarnado el vano anhelo de razonamiento de los hombres?... ¿Adónde vamos? ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Qué fuimos? ¿Qué seremos?... Cuarenta siglos de girar sobre sí mismo, como la sierpe ponzoñosa, lleva el pensamiento humano:

sube, profundiza, elévase a soluciones superiores, pero asido a su yo, a la razón, torna sobre sí, sin hallar la respuesta final a tales preguntas. Y es que la triste vanidad humana no concibe como real sino aquello que le enseña su propio razonamiento. Triste filosofía de ciegos, petulancia de niños engreídos! Como si la piedra arrojada pudiese conocer la intención de aquel que la puso en movimiento y saber el sitio a donde debe llegar!

Vamos por la vida tan aferrados a nuestra débil condición de humanidad, como el espíritu enamorado de Duchmanta, el rey indo del drama de Kalidasa, lo estaba del recuerdo de Sakuntala: "volviendo hacia atrás como la tela de seda de una bandera llevada contra el viento." Hacia atrás vamos por la vida, hacia nosotros mismos, no en busca de la verdad sino de nuestra razón, conceptuada como lo único capaz de explicarlo todo. ¿Y quién la explica a ella?... Acaso la serpiente vuelta sobre sí misma.

COLOFÓN

COLOFON

Estas páginas corresponden a distintos momentos de mi vida. Escritas unas bajo la gris caricia del cielo reducido de Nuestra Señora de la Paz de Truxillo, las más en la fría quietud de la Ciudad de los Caballeros, recibiendo la perpetua lección de serenidad que dan los hielos inmóviles de las altas cumbres, otras contemplando la voluble coloración del Avila en esta urbe de Santiago de León. Nacieron para matar la soledad de una hora cualquiera y por eso carecen de plan, de uniformidad, de método. Como los niños suelen amasar barro y

arena y elevar construcciones que luego destruyen para de nuevo empezarlas, así quiere Epicteto que los hombres, poseedores donde quiera de barro y de arena ideal, construyamos siempre, aunque sea para destruir después. En nosotros, dice el filósofo, hay mucho que destruir y reedificar y en esta labor, espejo de entretenimientos infantiles, hallamos compañía para nuestra soledad. Así en horas solitarias nacieron estas páginas, destinadas a morir en la hoja ligera de un periódico, y que adquieren una vida que acaso no les corresponde y la cual deben, más que al autor, a la paciencia del linotipista, que por áridos días de agosto las compuso de nuevo en forma de libro, en los talleres de la "Tipografía Mercantil", de los señores Márquez & Ca., en esta ciudad Mariana de Caracas, año de gracia de mil y novecientos y veinte y uno.—LAUS DEO.

ÍNDICE


CARACAS
TIPOGRAFÍA MERCANTIL
1921

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92